

CANARIAS EN LOS CRONISTAS DE INDIAS

SELECCION Y COMENTARIO

P O R

FRANCISCO MORALES PADRON

Catedrático de la Universidad de Sevilla (*)

Nos ha parecido siempre que las “Crónicas” de Indias no han sido examinadas como debieran en busca de datos para la historia de nuestras Islas. Desde nuestro campo americanista estimamos que podemos arrojar cierta luz, de vez en cuando, en esa historia que tiene un punto cardinal—no lo olvidemos—hacia América.

Conocemos el valor para la historia canaria de los textos locales de *Le Canarien*, el “Matritense”, el “Lacunense”, Pedro Gómez Escudero, Antonio Sedeño, Torriani, Fray Alonso de Espinosa, etcétera, de los siglos xv y xvi, para saltar ya a Fray Juan de Abreu Galindo a fines del siglo xvi y comienzos del xvii.

Pero estimamos que cabe considerar como cronistas marginales, cronistas complementarios, a los nacionales Andrés Bernaldez, Bartolomé de las Casas, Francisco López de Gómara y otros que vamos a compulsar en nuestro recorrido por la historiografía americanista en busca de Canarias.

(*) A mis alumnos del Curso 1961-62, que me ayudaron en este trabajo y conocieron conmigo las Islas Canarias. Este artículo fue dado a conocer como conferencia pronunciada en abril de 1964 en la Universidad Internacional de Las Palmas de Gran Canaria

Haremos notar con respecto a estos cronistas:

- 1) Su valor como primeros o primitivos historiadores de Canarias.
- 2) La comparación continua que hacen del mundo americano con la geografía canaria.
- 3) La visión que tienen del hecho canario como un fenómeno sin relación con América (Bernáldez) o en función de América (Casas y Gómara).

Aparte de estos nombres mencionados, nuestro examen se extenderá sobre un medio centenar más de obras, escritas del xvi al xviii, de las cuales hemos obtenido noticias canarias en unas cuarenta de ellas. Sirvanos ello para facilitar al estudioso canario algunos datos naufragados a veces en la historiografía americana y para subrayar una vez más los nexos y paralelos entre Canarias y América.

Dice Viera y Clavijo en su Prólogo que “La historia natural de Canarias, si se tratase por una mano hábil, no podría menos de ofrecer una pintura muy risueña a los que, andando la hermosura de la naturaleza, no son insensibles a la riqueza de sus dones. Su clima es el de las Islas Afortunadas; sus campos son los Campos Elíseos. ¡Qué no sería su historia! Por otra parte, nuestra historia civil es más fecunda en grandes sucesos de lo que parece a primera vista y sus pasajes políticos tienen un no sé qué de más sólido que de brillante. Es verdad que las famosas conquistas de Méjico y del Perú harán siempre más eco en todo el mundo que las de Canaria y Tenerife. Es verdad también que Cortés y Pizarro serán, en la opinión de los hombres, más héroes que Vera y Fernández de Lugo; pero ¡ah! si fuese lícito hacer un paralelo entre los guanches y los indios, entre las fuerzas de las Canarias y de las Américas, entre el impulso que animaba a unos y a otros conquistadores”¹.

Ese paralelo lo vamos a observar trazado en más de uno de nuestros cronistas indianos. Lo veremos cuando las Casas señala que la Tortuga era como la Gran Canaria²; volvemos a encontrar-

¹ José de Viera y Clavijo. *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias* Prólogo, págs 12-13, tomo I “Goya” Ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 1950.

² “La Tortuga será como Gran Canaria” Casas Lib I, cap LV, tomo I, páginas 252 y 265.

nos la comparación en el mismo Colón—tan dado a parangones—cuando señala que en Jamaica acaecían aguaceros al igual que en Canarias. Las Casas, al referir y criticar la destrucción de los indígenas de algunas islas antillanas, manifiesta que éstas eran mejor que las Canarias³. Nunca faltará este mirar hacia atrás, hacia la última escala y geografía vista que Colón debía conocer bien, antes de 1492, como lo evidencian sus paralelismos.

Las crónicas indianas estudiadas no están muy lejos de la experiencia canaria. Ese es un valor de parte de ellas. No vamos a encontrar en los capítulos consagrados a Canarias el clásico “yo lo vi” o “yo estuve”, de las crónicas indianas, pero sus datos son frecuentemente frescos, vívidos, que acusan una experiencia directa personal o de alguien que ha acarreado la noticia.

Sin duda que habrá quedado algún cronista o algún párrafo fuera de nuestro escrutinio. El orden seguido ha sido caprichoso, aunque al tocar un tema procuremos ir esgrimiendo los testimonios de acuerdo con una cronología.

El puñado de curiosidades que aportamos nos permite a veces traer a primer plano los pequeños hechos de la historia, no menos valiosos por pequeños. Son datos diversos, que reunidos constituyen un inventario aprovechable donde se describe nuestra tierra en su fisonomía del XVI, nuestros antepasados indígenas, sus costumbres, el paisaje, los productos de la tierra, la conducta de los conquistadores, la relación con América, etc. La imagen resultará fragmentada, pero no por eso carece de valor.

Como denominador común en estos cronistas historiadores tenemos el interés por América: es su objetivo. En bloque o en parte, Canarias está en el camino de ese objetivo. Está geográfica e históricamente.

Los datos aportados pertenecen a hombres diversos, en su formación, en sus procedencias, en el tiempo. Unos son marinos simples, otros soldados, algunos clérigos, clérigos especiales, gobernantes, simples escritores o cronistas. Sus obras han sido escritas en diversas épocas y desde distintos sitios y con diversos propó-

³ La comparación con Jamaica en lib I, cap. XCVII, tomo I, pág. 394. Casas: “Remedio para la reformación de las Indias”. Apud. *Opúsculos, Cartas y Memorias*, pág. 82.

sitos. Unos están enjuiciando el quehacer peninsular—Bernáldez—y miran a Canarias desde Castilla, otros están juzgando la acción americana y enfocan el Archipiélago desde América—las Casas—; algunos van de paso—el Fidalgo de Elvas, Federman—, pero todos nos traen el dato, la noticia, la anécdota que el estudio, la curiosidad o la escala portuaria de días les facilitó.

Dijimos que son diversos los momentos, como diversos los hombres y los lugares desde donde se atalaya nuestras Islas. Hay un primer minuto, el auroral de Colón, en que las Islas son el último tramo de lo conocido: desde ellas comienza lo desconocido. Hay un segundo instante, de puesta en marcha de una colonización entre dudas y sacrificios, que nos lo expresan las Casas, Oviedo, Gómara, Herrera, etc. Y ya, pasados los años, viene la etapa de la colonización con pasos firmes, rindiendo frutos, que recogen autores tardíos y en que la noticia aparece de segunda mano, trasvasada de un cronista a otro, con leves novedades.

Por todo ello son diversas las reacciones ante el mundo canario y, por lo mismo, variado el valor de los testimonios. Pero siempre son interesantes, llenos de novedad. Es como, marchando en un viaje descubridor, ir hallando nuestras Islas aquí o allá, en los capítulos ligeros o macizos, científicos o aventureros de las viejas crónicas indianas.

Como los primeros minutos pertenecen a una hora renacentista, muchos no olvidarán a Plinio, Solino, Juba, Estrabón, etc., etc., ni a San Isidoro, Seboso y otros tantos. No faltarán tampoco las deformaciones, los errores y hasta la “mala prensa” para las Islas; pero entre todos—casi medio centenar—reuniremos bellas páginas de antología que confirman y completan las también viejas páginas de los cronistas canarios.

Sin duda va a resultar nuestra prosa muy esclava del texto antiguo, pero no queda más remedio, pues ésta es tarea de antólogo y, con harta frecuencia, es necesario dejar constancia del texto auténtico, pues tiene mucha más fuerza que la posible glosa.

1.—AFORTUNADAS, HESPÉRIDES, CAMPOS ELÍSEOS, BEATAS,
BIENAVENTURADAS.

Bienaventuradas, Afortunadas, Campos Elíseos, etc., son designaciones que se disputan más de uno de los archipiélagos atlánticos; pero parece cuadrar mejor a nuestras Islas, aunque ciertas Crónicas e Historias lo pongan en duda.

Cristóbal Colón corrobora que algunos gentiles situaron el Paraíso en las Islas Afortunadas, que son las Islas Canarias... Pero ya veremos que cuando llegue la fecha de 1497 y haya que situar el Paraíso, nuestro almirante lo coloca en el Orinoco.

Pedro Mártir de Anglería insiste en la designación, aunque da cabida a otras opiniones contrarias: "La Antigüedad las llamó Islas Afortunadas por la temperatura de su cielo, pues ni sufren el pesado invierno ni el atroz estío. Pero hay quien quiere que estas Islas Afortunadas sean las que los ingleses llaman de Cabo Verde".

Fernández de Oviedo sostiene que Afortunadas y Hespérides no son lo mismo y, como otros, se escuda en el testimonio de los antiguos, que fueron quienes las llamaron Afortunadas.

Las Casas escribe: "Podría también haber sido que las islas de Canaria fueran parte de la tierra de la misma isla Atlántida, y de allí, por la felicidad de la tierra, les huviese venido el nombre de Fortunadas". El texto lascasiano es con demasiada frecuencia confuso, obliga a leerlo con detenimiento, pues el hilo principal del relato queda oscurecido con eruditas elucubraciones y citas clásicas que confunden. Este tema de las Afortunadas, Campos Elíseos, Hespérides, le interesa al fraile dominico, y en diversas ocasiones se enfrasca en él. Cuando nos dice que "Héspero fue a reinar a las Islas de Canarias o de Cabo Verde", sostiene que los gentiles quisieron poner el Paraíso Terrenal en "Las Islas Afortunadas, que son las Canarias". En cierta ocasión, refiriéndose a testimonio de Plutarco, dice que Sertorio, navegando hacia Cádiz, se encontró

con unos navíos que iban a Canarias, “que llamaban entonces Beatas o Bienaventuradas (porque, según la ceguedad de los antiguos, por ser templadas fértiles estimaban ser allí los Campos Elíseos de que habló Homero, donde iban después desta vida las ánimas)...”⁴. Siempre recurriendo a testimonio de autores clásicos, hace el dominico sus consideraciones, sin emitir un juicio suyo definitivo. Cuando lo emita será adverso. Pomponio, recuerda, indica que las Hespérides debían de estar hacia el norte o sur y no hacia poniente. Esto no contradice lo que indica Solino, porque al hablar de Canarias señala que están cerca a donde se pone el sol de occidente. Solino misma manifiesta que las Canarias no son dignas del nombre del Paraíso. Por su parte, Plinio—seguimos usando a las Casas—, en su *Historia Natural*, afirma que en las Canarias estaba el Paraíso; idéntica consideración hace Estrabón en su *Geografía*. Como vemos, las Casas usa a todos los autores clásicos y comenta sus teorías sobre el lugar de las Afortunadas o del Paraíso porque éste es el tema que le apasiona. Le apasiona al principio, cuando nos describe con halo clásico todo el mundo atlántico y juzga la relación que ha podido haber entre las Indias y las Hespérides. Le interesa luego, 127 capítulos más adelante, cuando tiene que situar el Paraíso terrenal, que ya Colón ha colocado en tierras de Paria. Entonces estima que “grande diferencia es la que hay entre la felicidad del Paraíso a las islas de Canaria, que llaman Fortunadas”, porque aunque los antiguos colgaran a éstas muchas cualidades, la verdad es que más se debía a la fantasía y libertad de los poetas que a la realidad. “Y así—concluye—, no son aquellas islas del nombre del Paraíso dignas.” Esto prueba que los antiguos no debieron tener noticia alguna de las Indias, pues de haberlas conocido sí que le hubieran bautizado con el nombre de Campos Elíseos⁵. Su amor a las Indias le torna parcial, por no decir falsario. Veremos cómo su amor al indígena americano le lleva a defender al canario y a criticar duramente los métodos de conquista usados en el Archipiélago. Antesala esta dura conquista de la indiana, y antesala esta crítica lascasiana de la que hará a

⁴ Casas: Lib. I, caps VIII y XV, págs 52 y 74-80

⁵ Casas: Lib. I, cap. CXLII.

los dominadores de las Antillas. Pero, como escribíamos, su cariño a la tierra de América—¿le ha conquistado?—le lleva a mentir. En la *Apologética Historia* vuelve a negar a Canarias cualidades para llamarse o ser Bienaventuradas, Campos Elíseos, Afortunadas. Está describiendo entonces la Isla Española, y vuelve a razonar como en el capítulo 149 del libro I, que la ignorancia de los gentiles situó los Campos Elíseos en Canarias, de tal modo que Sertorio deseó vivir en ellas, “por una poquilla de templanza que tienen...” pues su tierra es hartamente seca y estéril, con sierras ásperas y peladas. ¿Qué hubiera dicho de la Española, fértil y amena y más templada que cualquiera de las Canarias? ⁶.

Gómara recuerda también que los antiguos las llamaron Afortunadas o Beatas, por ser muy sanas y abundantes de todas las cosas necesarias para la vida del hombre, que allí, sin trabajo, vivía luengo tiempo.

Igual denominación les da Juan de Castellanos:

Pasando van las Islas Fortunadas
Y Hespérides que dicen Ogorgones ⁷.

2.—LAS DESCRIPCIONES DEL ARCHIPIÉLAGO.

Cinco cronistas-historiadores y dos geógrafos nos van a prestar su prosa para efectuar una descripción de nuestras Islas tal como se conocían en Castilla en el siglo XVI. No es muy detallada la descripción de *Le Canarien* (caps. LXIV-LXIX), sonriente y jugosa, donde hasta Fuerteventura aparece verde y con agua, pero sí una visión donde hay rastro de antiguas pinturas y de paisajes soñados.

Hay una descripción, la de Andrés Bernáldez, donde se adivina la curiosidad renacentista de este cura excepcional. Las Islas se

⁶ Casas *Apologética Historia*, cap. VIII, pág. 32

⁷ Gómara, I, 374-6 Castellanos Parte Primera Elegía Primera Canto Primero. Acosta refiere que Plinio las llamó “Fortunatas y la principal de ellas dice haberse llamado Canaria por la multitud de canes o perros que en ella había” Lib I, cap. XI, págs. 46-7.

describen como un mundo nuevo que flota en el Atlántico, sin relación alguna con América. Las demás descripciones se hacen ya en función del mundo americano.

Para el Cura de los Palacios, Gran Canaria es una isla grande, “muy virtuosa”, con abundante agua y ríos dulces, mucho pan, cañaverales, trigo, cebada, vinos, higueras, palmas de dátiles y conejos. Estas notas y estas abundancias se repetirán, como podremos comprobar en los demás autores. Visto uno, casi se puede decir que se han visto todos.

Lanzarote tiene también mucho pan y ganado de cabras, conejos, palmas (palomas dice la edición de Sevilla 1870), pescados y poca agua dulce, por lo cual sus casi cien vecinos beben agua llovediza que recogen en “maretas”.

Fuerteventura, con parras, almendros, cabras y vacas, posee también agua dulce de río. Nos parece algo errada la fuente del buen cura, pero sigamos su examen o viaje insular.

Tenerife, estima es tierra de pan, ganados y agua dulce “muy aparejada para plantar las cosas necesarias a la vida de los hombres”. Se refiere al Teide y señala que la isla tenía nueve reyes indígenas⁸.

Gomera es “muy virtuosa” de pan y de ganados y de azúcares, viñas y árboles.

La Palma es “tierra de mucho pan e azúcar e aguas dulces”.

Y el Hierro es “tierra áspera [que] ... tiene muchos puercos e de todos ganados”, carente de agua aunque posee el fabuloso Garoé⁹.

Pedro Mártir de Anglería, curioso siempre por los productos y geografías nuevas, casi nada nos dice de Canarias. Menciona sus nombres y nos indica que desde la desembocadura del Guadalquivir a las Islas hay 400 millas¹⁰.

Gonzalo Fernández de Oviedo tampoco es prolijo. Reconoce que las islas son fértiles y abundantes de cosas necesarias para la vida

⁸ Capítulo LXII, págs. 135-7.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ Década III, lib V, cap I, págs. 241-2.

del hombre, pero nada más. Sólo el Garoé le impresionó del Hierro, donde, según nos confiesa, estuvo tres veces ¹¹.

Las Casas, que ha tratado del descubrimiento y de los principios de la Historia española de Canarias, reconoce él mismo conviene hablar “del cielo y suelos y bondad de la tierra y de los habitantes”. Pero esta promesa casi se queda en eso, en promesa. Transcribe los nombres de las siete islas, señalando la presencia del Teide en Tenerife y la carencia de agua en el Hierro. Cuando llega el momento de desplegar su descripción, que suponemos suculenta, pues debió de pasar junto a las Islas multitud de veces, echa mano de San Isidoro para pintarnos su geografía ¹². Y así las islas poseen frutos preciosos, montañas “vestidas y adornadas de vides”, trigo, cebada y hortalizas en tanta cantidad como hierbas en el campo. En su afán de mirar hacia el mundo clásico, recurre a Plutarco, de cuya *Vida de Sertorio* inserta extensamente las cualidades de las islas expresadas por estas notas: raras lluvias y moderadas, vientos suaves que por la noche se convierten en rocío, suelo grueso y fértil que produce por sí solo sin necesidad de ararlo o sembrarlo, en tal cantidad que puede mantener una multitud de hombres ociosos. Los aires son purísimos y templados, casi igual en todo el año. Los vientos que procedían de Francia y Flandes, corrían por la mar “vacua de tierra” hasta llegar a Canarias “cansados y apurados y así eran templados y sanos”. Otros vientos del océano (Argeste y Céforo) refrescaban y aportaban lluvias templadas. Estas circunstancias hacían a las Islas muy fértiles y por ello “los bárbaros pensaban que las Canarias eran los Campos Elíseos” ¹³. Y aquí se nos acaba la descripción lascasiana, que no es de él, sino de San Isidoro y de Plutarco, ya que seguidamente se enzarza en disquisiciones sobre el Paraíso y los Campos Elíseos a base de citas de los *Evangelios*, autores clásicos, etc. Y cuando llegue el momento de emitir un juicio no será muy favorable.

Gómara, que no navegó jamás a Indias, es más explícito que quien estuvo en Canarias decenas de veces. Para el capellán de

¹¹ Lib. I, cap. IX.

¹² *Etimologías* Lib XIV, cap. VI.

¹³ Lib. I, cap. XX.

Cortés, Gran Canaria es una isla “redonda y la mejor”, fertilísima donde es fértil y esterilísima donde es estéril... “Así que lo bueno es poco y de regadío”. Tiene razón. Nos aclara el buen clérigo que Pedro de Vera no encontró en Gran Canaria los perros o canes que cita Juba.

Tenerife estima que debe ser Nivaria, de forma triangular y la mayor de todas. Abundante en trigo, tiene una montaña, el Teide, que es “verde al pie, nevado siempre el medio, rasa y humosa en lo alto”. Hierro es la Pluitina, donde sólo interesa el “garoé”. Es curioso comprobar cómo Gómara, al usar vocablos indígenas, busca la filiación africana de ellos, y a este respecto manifiesta que *Gomera* y *Teide* y otras palabras canarias, se encuentran también en los reinos de Fez y Benamarín. Para él el Archipiélago se reduce a las tres islas citadas, y al final relaciona como productos canarios típicos: el azúcar, las peras, que en La Palma alcanzan una y dos libras de peso, los pájaros canarios y el “canario”, “baile gentil y artificioso”. Al igual que cuando trata de América, Gómara se encarga muy bien de indicar que las peras y el azúcar son frutos llevados por los castellanos. Recordemos al respecto la nómina o balance de productos que menciona llevados a Indias por los hispanos para mejorar la vida de los indios.

Dos geógrafos, Fernández de Enciso y Alonso de Santa Cruz, difieren en extensión. Enciso corresponde a un primer momento, como Anglería, mientras que Santa Cruz ya escribe cuando la colonización está muy avanzada en las Islas y de ella se recogen frutos en todos los aspectos. No son sus Canarias las del descubrimiento, que son las que aparecen en Casas, Oviedo o Gómara, sino las Canarias de la colonización, las del pleno siglo XVI.

Enciso sitúa a las Islas y, “resumidamente”, señala que Fuerteventura cuenta con ganado y cabras. Gran Canaria tiene mucho ganado, está muy poblada y produce azúcar, miel, pan y vino; reconoce que “es de buena gente y la mejor isla de las Canarias”. Tenerife, que es la mayor, posee ganados, pinares, azúcar, pan, vinos y está bien poblada. Gomera, con buen puerto al sur, produce azúcar, orchilla, miel y ganado. En Hierro, que no tiene agua, se

fija en el Garoé; y a La Palma la hace productora de ganados, queso y miel ¹⁴.

No en balde la obra de Alonso de Santa Cruz se titula *Islario General de todas las Islas del Mundo*. Queremos decir que vamos a encontrar en ella amplios datos sobre nuestro Archipiélago. Sabemos que Santa Cruz estudia Cosmografía en Salamanca y que en 1526 va con Sebastián Caboto hacia el Río de la Plata. Pudo entonces conocer alguna de nuestras Islas. Seis años, desde 1530, permanecerá en Sevilla hasta ser nombrado Cosmógrafo Mayor con encargo real de formar el *Islario*. Estuvo en Lisboa, años más tarde, y con el conocimiento que adquirió allí, donde examinó muchos derroteros, y su experiencia directa de la Casa de la Contratación, pudo darnos la imagen amplia que de Canarias nos ofrece.

Lanzarote, la que parece Plinio llamó Casperia, tiene una reducida población, muchas cabras, ovejas y conejos, y muchas conchas coloradas “muy estimadas para el rescate de Guinea”. Se recoge en ella orchilla y cebada, pero carece de todo lo demás porque no tiene ríos ni pesca. La ausencia de agua la mitigan a base de una fuente que tienen al norte, junto a la isla de la Graciosa (debe ser en Famara), y un pozo excavado al sur, junto a Rubicón. Abundan las aves marinas, que cazan con anzuelos, y cuenta la isla con cuatro puertos.

Buenaventura o Fuerteventura, a la que parece que Tolomeo llamó Pintaria, tiene un pueblo denominado Tascaleja (sic) y produce cebada, algún trigo, orchilla, ganado cabrío y conejos. Aquí viven aún gentes descendientes de Juan de Bethencourt. Lo mismo nos dice Anglería.

Gran Canaria es redonda, con una ciudad muy rica y noble que cobijará a unos 1.000 habitantes, donde está el Obispado, Inquisición, Audiencia como la de Grados de Sevilla. Es isla alta, con ríos y frescura. Otros lugares importantes de ella son Telde, Gando, Gáldar, Lode (sic) y Arucas. Cosecha trigo y cebada para sólo medio año, por lo cual tiene que importar granos de Tenerife. Además produce carnes, pan, vino, miel, cera, azúcar, orchilla, ovejas, ca-

¹⁴ *Suma de Geografía*, págs. 162-3.

bras, vacas, puercos y palomas. Cuenta con buenos ingenios de azúcar y frutos agrios, y árboles útiles, como pinos, dragos, laureles y palmeras. Sus puertos más importantes son los de Las Isletas, Playa Brava (sic) junto a Las Palmas y Telde.

Tenerife es la que Plinio denomina Nivaria, nombre tomado de las nieves que perpetuamente coronan un alto monte llamado Teide, “que algunos dicen que tiene más de doce leguas de altura y se ve desde más de sesenta leguas”. Posee la isla una villa de 1.000 habitantes, llamada San Cristóbal, vulgarmente Alaguna (sic), porque está junto a una laguna. Posee un puerto, Santa Cruz, donde se carga mercancías para Oriente, y otro en Garachico con 500 vecinos, donde se embarca trigo, pez y orchilla. Hay otros lugares en la isla, como Buena Vista, Nicoden de los Vinos y otro Nicoden (sic), donde se coge mucho pan; Realejo, productor de azúcar; Sauzal, Orotava, con 400 vecinos, donde se cargan vinos, pez, etc. La isla posee muchas moreras, productoras de seda. Tanto en esta isla como en Gran Canaria hay muchos mercaderes. Algo notable son “en todas estas yslas las mugeres dadas a la luxuria”.

Cuenta Tenerife con monasterios de frailes dominicos, franciscanos y agustinos y una ermita dedicada a Nuestra Señora de la Candelaria, imagen antigua y milagrosa. La isla está poblada de árboles, especialmente pinos, de donde se saca la pez (resina) y tablazonos que se exportan; hay otros llamados ninanos, olorosos y amarillos. Se cosecha abundante orchilla, trigo, cebada y mucho azúcar, pues cuenta con ocho ingenios. Han plantado los pobladores muchas viñas, por lo que las cosechas de vinos son cuantiosas en estos años, siendo de notar que “las viñas donde se coge son todas parrales altos por el gran vicio de la tierra”, aunque también los hay muy bajos. Se cosecha más trigo que en ninguna otra isla, y abunda en frutas, como membrillos, granadas, peras, melones... Cuenta con muchos conejos y sus naturales son muy guerreros.

Gomera debe ser la que Plinio denomina Capraria, llena de lagartos, según el autor romano. Es una isla muy fértil que produce trigo, cebada, vino, azúcar, higos, orchilla, granadas, membrillos, miel, cera y mucho ganado, pues posee unos valles profundos, muy frescos, de abundante agua. Carece de puertos y su población principal, con 300 vecinos, es Las Palmas (sic), con un puerto llamado

Hida (sic), aparte de Barranco, Val de Remigua (sic), Valhermoso, Valle del Gran Rey, llamado hoy Puerto del Rey y donde se alza uno de los cuatro ingenios azucareros que la isla tiene.

Hierro es la llamada por Tolomeo *Pluitana*, *Pluviala* por Seboso, y *Ombrión* por Plinio, siguiendo a Juba... Plinio la describe vacía de edificios, con un estanque en la cumbre de un monte y unos árboles llamados *férulas*. Cuenta con dos puertos, uno La Caldera, donde se pueden fabricar naos. Se cosecha trigo, cebada, y hay ganados de cabras y ovejas. Produce miel, cera y orchilla. Hierro es la isla desde donde más derechamente se toma el rumbo hacia América.

Finalmente La Palma es a la que Plinio, según Seboso, llama isla del Sol o Planaria. Abunda en trigo, cebada, cabras, ovejas, puercos, vacas. Cría buenos perros "para torear ganados". Cosecha miel, cera, vino bueno "que se carga para las Indias y Flandes". No faltan tres ingenios, ni los conejos, perdices, gallinas de India, dragos, y, algo muy importante que algunos afirman, "se cogía en ella, antes de que se conquistase, una miel que llamaban celestial que la cogían sobre las matas y los montes como copos de nieve; ahora cae algunos años". Esta afirmación la hacen también Torriani y Abreu Galindo ¹⁵.

En La Palma hay un pueblo de 400 vecinos, Santa Cruz de La Palma, que es ciudad. Le sobra el agua, abundante y buen pan, vino, orchilla, carnes que se embarcan para las Indias, y mucho azúcar manufacturado en cuatro ingenios. Uno de los ingenios se llama Tesa Corte (sic), el más poblado, cerca del cual hay una montaña llamada la Caldera con una fuente que huele a azufre y que mata si se bebe. En este valle de la Caldera la gente mete el ganado macho sin guardas para engordar. Atribuye a los palmeros culto al sol, y dota a la isla de una gran sierra, casi siempre cubierta de nieve, donde muchos se han perdido de frío, y refuerza el dato escribiendo: "yo vi un recuero y un negro que se les cayeron los pies" ¹⁶.

¹⁵ *Islario*, págs. 348-34.

¹⁶ *Ibidem*.

3.—EL GAROÉ, ÁRBOL SANTO.

El Garoé o Arbol Santo—árbol del Hierro—ha merecido la curiosidad de literatos, historiadores y naturalistas. Viera y Clavijo¹⁷ hace una amplia disgresión en torno al árbol del Hierro sin olvidar a Plinio, uno de los primeros en tratar este tipo de árbol (capítulo *De Fortunatis Insulis*). Teodoro de Bry, entre otros, nos ha dejado una fantástica e ingenua estampa o grabado de este fenómeno arbóreo, que Torriani también dibujó y que Emilio Hardisson, Buenaventura Bonnet, Darias y Padrón y Jesús Maynard han estudiado. Enrique Marco Dorta y Antonio Rumeu de Armas han facilitado documentales descripciones del Garoé y la fecha de 1612 como la de su muerte¹⁸.

En todos estos estudios de autores canarios, el dato sobre el Garoé dentro de los cronistas de Indias, sólo aparece en la prosa de Antonio de Pigafetta y de Gonzalo Fernández de Oviedo: pero son más los testimonios que existen, especialmente el de las Casas, el de Gómara o el de Alonso de Santa Cruz.

Hoy sabemos ya que el Garoé no es un tilo, sino un *til*, especie propia de las Canarias o de las Islas de Madera, perteneciente a la familia de las lauráceas. El Garoé del Hierro fue un condensador de nieblas que, procedentes del mar, ascendían por un valle estrecho a cuyo final se alzaba el árbol.

Andrés Bernáldez, el Cura de los Palacios, lo considera “una gran maravilla del mundo”. Para el amigo de Colón el árbol era una especie de álamo, que sudaba agua por las hojas, siempre verdes, con unas bolitas amargas como hiel y muy medicinales. Era alto como una lanza—Bernáldez usa mucho la medida de la lanza—,

¹⁷ Vid descripción de Viera y Clavijo en hb II, cap VII

¹⁸ En la “Revista de Historia” de la Universidad de La Laguna se han publicado estos trabajos de Rumeu de Armas (IX, 1943, 339-341), E Hardisson (núm 61, 1943, pág. 30), Darias Padrón (I, núms 4 y 6, 1924 y 1925); Marco Dorta (IX, 1943), y Jesús Maynar (IX, 1943, 41-44). En la Crónica del “Matritense” se habla ya del “Garoé”, que los indígenas denominan *Gan*. Revista “El Museo Canario”, enero-abril 1935, núm 5, año III, págs 56-90.

In insula Ferri, quæ una ex Canariis est, nullam esse aquam
potui idoneam, præter eam, quæ ex unica arbore destillat.



Admirandum quoddam natura arcanum in Ferri insula, à Canariis, quas Fortunatas nonnulli appellant, una observatum est, cuius omnes, qui de eainsula scripserunt recentiores, mentionem faciunt. Nempe istic arborem esse, qua aquam potui idoneam subministrat, non modo totius illius insula incolis, sed ipsorum etiam pecoribus & armentis necessariam, quandoquidem alioqui careant & fluminibus, & lacubus, & fontibus & puris, unde aquam potui aptam haurire possint. Est autem ea arbor, referentibus quibusdam, mediocri altitudine, solo juglandis paulo tamen majore, in terra muro ad fontis normam structo, ut aquam ex illa stillantem excipiat. Singulis enim diebus, bius horis ante lucem tegitur arbor densa quadam nebula, donec exortus sol suo calore nebulam dissipet & dissolvat: toto autem illo tempore, quo nebula arborem inumbrat & obtegit, exsudat illa, atque ex trunco, ramis & foliis multam aquam præbet, in lacunam illam circum arborem factam guttatim stillantem, qua valde ab excellentia, præstantia & bonitate commendatur.

Occupata porro ab Hispanis primum ea insula, valde admirabantur, se neque flumina, neque fontes, neque puteos invenire: interrogati autem incolæ, unde aquam peterent, respondebant se pluviam in quadam vasa colligere ad usum necessariam, prius tamen admiranda illa arbore arundinibus, & alia materia contestâ, ut facilius Hispanis exciderent, non reperientes aquam dulcem in tota insula. Sed frâus deteilla fuit a muliere, cum qua Hispanus quidam consuetudine habuit. Is rem, ut erat, statim Tribuno nuperit: ille ridere & fabulam conserere: nihilominus, arborem detegere jubens, non fabulam sed rem veram esse experitur. Sed primates incolæ, intelligentes à muliere proditum aquæ arcanum, clam illam tollendam curarunt. Ovidus etiam rem certam describit, at mesic arborem vidisse negat, cum ter in eam insulam appulerit, iterum Americam instituens.

Quidam pluvialiam Pluvie esse censent, in qua scribitur lib. 6. Naturalis hist. cap. 32. non esse aquam, nisi ex imbribus: Nonnulli insipium Ombrium, in qua arbores similes Ferula, ex quibus aquæ exprimitur, ex nigrit amara, ex candidioribus potui jucunda.

F I N I S .

El viejo texto de Le Canarien: «Dans les parties les plus hautes de l'île il y a des arbres qui distillent toujours une belle eau claire, que l'on recueille à leur pied», debió de inspirar a Teodoro de Bry en este grabado clásico.

grueso hasta abarcar dos hombres, dotado de grandes ramas y copa, el árbol de donde se nutrían ochenta vecinos de la isla. Sus hojas eran como las de un laurel. Para Bernáldez no hay árbol igual en el mundo y estima es misterio de Dios y como consolación a los indígenas que en otros tiempos fueron arrojados en aquella tierra ¹⁹.

El texto de Pigafetta, compañero de Magallanes en la primera vuelta al mundo, es sobradamente conocido. Supone que el árbol absorbe el agua de la niebla que le rodea, y al referirse a él indica que “nos contaron”. Es decir, que no lo vio a su paso por las islas ²⁰.

El testimonio de Gonzalo Fernández de Oviedo es igualmente conocido ²¹. Hay un sentido providencialista en este testimonio, pues Oviedo estima que diariamente Dios provee “de agua celestial” a los indígenas del Hierro. Dos horas antes de amanecer comienza el árbol a sudar gracias a una nube que se sitúa sobre él y así está hasta dos horas después de levantarse el sol. Cuatro horas dura, pues, el proceso, cayendo en un estanque el agua excelente y sana para hombres y ganados. En el Lib. VI, Cap. XII de su misma obra, Oviedo, estudiando fuentes famosas, no olvida de mencionar al Garoé y remite a donde lo ha descrito ya.

Anglería, tan curioso por todas las novedades de América, no considera portento el Garoé, pues le consagra tres renglones. Al tratar del segundo viaje colombino se refiere a “la última de las Afortunadas” (Hierro) que no tiene agua potable, sino la que continuamente destila un árbol que hay en la cúspide de la isla ²².

Las Casas, en cambio ²³, da una detallada descripción del mismo. El dominico sevillano lo considera “un secreto de la naturaleza” o, mejor dicho, “un milagro patente” que facilita agua para los hombres y bestias gracias a la nube que se sitúa sobre el árbol.

¹⁹ Cap. LXIV.

²⁰ Garoé, pág. 44.

²¹ Lib. I, cap IX.

²² Lib I, cap V, pág. 11

²³ Lib. I, cap. XIX.

Grueso, como tres cuerpos de hombre, con hojas como de laurel o naranjo, que forman una copa que arroja una sombra de 150 pasos en torno. La prosa de Casas evidencia que debió de estar junto al fenómeno en alguno de sus numerosos viajes a Indias, o del autor donde se inspira. Señala que no se parece a ningún árbol de los que hay “en España”. Alrededor tiene una alberca donde cae el agua dulcísima a través de “unas sangraderas” que corren del suelo a cada brazo y rama del Garoé. Dentro de la alberca caben unas 1.000 pipas, que son 25.000 cántaros de agua, cuya distribución se regula, para lo cual hay, junto al árbol y estanque, una casa con un guarda. Son estos detalles síntomas de un conocimiento “de visu”, pues en otros testimonios no hallamos semejantes referencias de capacidad y guarda, aunque puede Las Casas haberlo tomado de otro autor.

Gómara no añade nada nuevo en su testimonio.

Tampoco el geógrafo Fernández de Enciso, más parco que Alonso de Santa Cruz, quien, en su *Islario General*, señala que al Garoé le llaman “árbol de agua” y que Plinio, tomándolo de Juba—rey de Canarias—, indica que la Isla tiene un lago en lo alto de una montaña y unos árboles llamados “férulas”, semejantes al sauce, de los cuales se exprimía agua. El agua era amarga si el árbol era negro, y dulce si era blanco. Hoy sólo queda el “del agua”, con una pila al pie, donde cae el agua que destila por la noche. Ello le lleva a suponer que se han debido perder los árboles citados por Plinio, o que no era muy exacta la relación que de las Islas tenía ²⁴.

Ninguno de los cronistas de Indias le llama Garoé y sólo las Casas parece haberlo visto personalmente.

4 —INDÍGENAS CANARIOS

La novedad, la perplejidad diríamos mejor, que el indígena canario significó para el hombre europeo del cuatrocientos se adivina en la prosa de Boccaccio.

²⁴ *Islario*, págs. 348-361. Garoé

Pero es en nuestro Andrés Bernáldez donde el mundo pre-hispánico canario figura con esa plasticidad, viveza, que caracteriza a los capítulos del cura de Los Palacios. ¿Cómo obtuvo Bernáldez sus datos? El último estudio y edición de las *Memorias del Reinado de los Reyes Católicos*, señalan como fuentes de tales Memorias los trabajos de Fernando del Pulgar, colecciones legales, el *Talmud*, fuentes orales, Vicente de Beauvais, John de Mandeville, Werner Rolevinck, *Biblia*, papeles personales de Colón, cartas y documentos oficiales, la correspondencia del rey don Fernando con el arzobispo de Sevilla Fray Diego de Deza, etc. Se citan hasta 29 fuentes; pero en ninguna hallamos lo que pudo ser directa información del mundo canario. Sin embargo, su información al respecto es muy completa, de primera mano, y cuajada de interés. Cualquier clérigo o marino, algún comerciante de los que iban a Canarias pudo informarle.

Comienza por referir que los canarios andaban desnudos, usaban una lengua en cada isla y comían carne, leche y queso. La diversidad del lenguaje, que más de un cronista señalara, merece el interés de Bernáldez, porque en el cap. 118, al tratar del viaje de Colón, subraya que, pese a haber una enorme cantidad de islas —Antillas—, sin embargo el idioma es el mismo, y la causa de esto bien pudiera estar en la intensa navegación que practicaban y que implicaba un trasiego cultural, al contrario que en Canarias, recuerda, donde “no se entendían porque no tenían con qué navegar [y] en cada isla avía una lengua”. La comparación no podía faltar.

Se echaban en mantas confeccionadas con el pellejo de los animales, y a los niños los criaban envueltos en pellejos de cabritos. No conocían el hierro.

Idólatras, sin ley, en Gran Canaria poseían una casa de adoración llamada Toriña, nombre éste que para Serra Rafols equivale a Atorina, Tirma y Atirma. Ignoraban quién les había situado en las Islas. Eran hombres de buen esfuerzo, muy trabajadores, livianos y ligeros, razonables, de buen entendimiento y de agudo ingenio. Fieles y caritativos. Sembraban trigo y cebada con cuernos de cabras metidos en varas y así revolvían la tierra.

Los reyes de Gran Canaria se llamaban “Guanartemes”, y los

sacerdotes, especie de obispos, “Fagzames”. En Gran Canaria existían dos parcialidades, Telde y Gáldar. Los de Gáldar se hicieron pronto amigos de los castellanos y los de Telde se fueron casi todos a Sevilla.

El cap. 66 está consagrado a Gran Canaria, de cuyos habitantes dice que poseían diversas leyes y costumbres. Por ejemplo. cuando había de casar alguna doncella “poníanla ciertos días en vicio”, a engordar. Salía de allí para desposarse y entonces los caballeros e hidalgos del pueblo se acercaban a ella, que debía elegir uno para acostarse antes de hacerlo con el que sería su marido. Si quedaba en estado, el hijo que hubiera sería noble o caballero. Si no, los hijos de su marido serían comunes, y, para saber si quedaba preñada, el marido “no llegaba a ella fasta saber por cierto, por vía de la purgación”. Esta y otras costumbres—apoteigma—“como de alimañas” tenían. Las Casas recogerá también esta costumbre y la vinculará al Africa, y Abreu Galindo, paliando el dato, la compara al derecho de pernada medieval, de modo que también los cristianos practicaban tales costumbres ²⁵.

Hablando, en el capítulo 64, de la religión, sostiene lo que ya indicamos: que eran idólatras y que la casa de Gran Canaria, *atorina*, poseía una imagen de madera tan larga como una lanza, tallada, con todos sus miembros de mujer “desnuda y con sus miembros de fuera”. Delante de esta imagen femenina, labrada en madera, había también tallada en madera una cabra “con su figura de hembra que quería concebir”, y tras ella, en actitud de “subir y engendrar sobre la cabra”, había un macho cabrío de madera. En este “templo” derramaban leche y manteca, por lo cual el lugar apeataba ²⁶.

Al referirse a sus ropas nos cuenta que los indígenas canarios antes de ser ganados por Castilla iban desnudos, salvo en Gran Canaria, donde llevaban “unas bragas de palma, como por gala, ellos e ellas; pero no cubrían bien los lugares inhonestos, porque no eran cerradas por abaxo, salvo una cuerda ceñida por las caderas, e de allí colgaban unas flocaduras de palmas repicadas” ²⁷. El re-

²⁵ Segunda parte, cap. III

²⁶ Cap. LXIV, pág. 138

²⁷ *Ibid.*

lato de Bernáldez, ingenuo, veraz, apretado de datos, denota una información de primera mano, hecha por todos los medios que estaban a su alcance. En eso precisamente reside el valor del relato bernaldeciano, en su información fresca y directa, “en su capacidad de entusiasmo y en que representa la opinión, los intereses y los puntos de vista del pueblo, al que pertenece por completo. A su obra no la llama *Historia*, ni *Crónica*, sino *Memorias*: recuerdo y pragmatismo. Es una colección de relatos independientes en los cuales la gran preocupación es la moralidad, el dar ejemplo. El tema canario puede, por eso, desglosarse perfectamente del resto de la obra, no tiene conexión. Posee la natural relación de una conquista finiquitada en la época de los Reyes que él recuerda (sus hechos) y por eso al narrar esta conquista resulta lógica—hombre renaciente al fin—que se fije en la naturaleza primitiva de esos islotes atlánticos cuya aparición plantea una interrogante teológica a Castilla.

Indica que la rendición se hace en 1483, y tras ella en Gran Canaria quedaron sólo las mujeres y la gente menuda. Muchos se fueron a Castilla. Y toda la parcialidad del Rey de Telde se fue a Sevilla y se situó en la Puerta de Mijohar (otra edición dice Mihojar). Se trata de la Puerta de Bib-Ahoar, hoy de la Carne. Aquí cerca aún hay un Callejón de los Canarios. Otros marcharon donde quisieron, libremente. Y muchos ayudaron a conquistar Tenerife, “donde murieron asaz de ellos”.

Recuerda Bernáldez que a los más ancianos de Gran Canaria—su interés siempre se centra en esta isla—le preguntaron sobre su origen, y que éstos respondieron que sus antepasados les habían manifestado que Dios les había colocado allí, olvidándose luego. También esos antepasados les comunicaron que por cierto rumbo—el de España—se les mostraría “un ojo o luz por donde viésemos”, y señalaban hacia España²⁸. Evoca esto las profecías americanas de Quetzalcoalt, Bochica y Viracocha, profetizadores de la venida de un dios blanco que les dominaría.

Alonso de Santa Cruz, al describir la isla del Hierro, indica que en esa isla había una vieja que soñó “que venía una genera-

²⁸ Cap LXIV, pág. 139.

ción por la mar que los había de llevar al cielo, y vino un navío con un clérigo, a quien se lo dijeron y él entendió que era de Dios y los tornó cristianos antes de que se conquistasen éstos”²⁹. Veamos, pues, cómo se da hasta el caso de un fraile o sacerdote—o un apóstol en ciertos sitios de América—que ha estado predicando el cristianismo antes de la arribada hispana.

Para las Casas las Afortunadas estaban habitadas—unos 100.000—por hombres desnudos “porque están fuera de todo clima de Europa, al mediodía”. Vivían sin religión, y en Gran Canaria tenían dos gobernantes (las dos parcialidades): a uno llamaban rey y al otro duque. Tenía el rey como insignia y corona un ramo de palma. Nuestro rey y nuestro duque gobernaban con un Consejo de 190 hombres, reemplazados tan pronto morían por otros de su linaje. Estos 190 escogidos dirigían a todo el pueblo, que seguía sus indicaciones³⁰.

Al igual que Bernáldez, nos confiesa que las mujeres no se podían casar sin que previamente “las hiciese dueñas” uno de los 190 escogidos o consejeros. Debían de ir al matrimonio gordas, cebadas con leche, pues si no eran rechazadas, alegando que no estaban para casar por tener el vientre estrecho para concebir. Esta costumbre sirve a las Casas para deducir—como Gómara con los topónimos—que el poblamiento de las Islas se ha hecho desde África, ya que en el continente negro viven pueblos con similares costumbres³¹. En la *Apologética Historia* es más explícito, pues dice. “Las gentes llamadas Adirmachides o Andrimachides, pueblos de África, tuvieron por muchos siglos esta costumbre: que todas las doncellas que se habían de casar, primero las presentaban al rey, el cual las usurpaba su virginidad; testigo es Herodoto, Libro IV. De aquí debió pasar esta ley a las islas de Canaria, como confina por parte de África: que ninguna se podía casar sin que primero el rey hiciese la salva, lo cual era estimado entre aquella gente isleña por cosa egregia y muy honrada. Refiérela así Archangelo Madrignano en el *Itinerario de los portugueses*, pero Juan de Barros,

²⁹ *Islario*. Parte tercera, pág. 348

³⁰ Lib. I, cap. XXI.

³¹ Lib. I, cap. XXI

historiador portugués, libro 1.º, capítulo 12, de su *Década* 1.ª, lo cuenta de esta manera...” Y da la versión que inserta en su historia; es decir, la de los 190 gobernadores, uno de los cuales disfrutaba de la doncella, que debía venir bien gorda con vientre grande...³².

El vestido de estos indígenas canarios consistía en hojas de palmas teñidas de color. Se rapaban las barbas con agudas piedras, pues no conocían el hierro. Si algún clavo u otro objeto de hierro tenían, lo usaban para fabricar anzuelos. Sigue minucioso las Casas, y él es consciente de este detallismo y nos lo dirá.

Continuemos glosándolo. Poseían los isleños mucho trigo y cebada, pero carecían de industria para amasar pan, por lo cual la harina que obtenían la tomaban cocida con carne o con manteca de los ganados. Estos eran de cabras y ovejas, muy numerosos. Consideraban como vil desollar el ganado, para lo cual dedicaban a los esclavos que capturaban en sus luchas, y si les faltaban éstos, obligaban a los más viles del pueblo al desuello.

Las madres eran reacias a criar a sus hijos y solventaban la crianza poniéndoles a mamar de las cabras.

Eran esforzados y hábiles en sus luchas, que hacían a base de piedras y palos cortos.

Los indígenas de la Gomera tenían algunas de las costumbres señaladas, pero diferían en otras. Generalmente comían leche, hierbas y raíces de juncos, culebras, ratones y lagartos. Tenían a las mujeres “cuasi comunes”, y cuando unos a otros se visitaban, los visitados ofrecían sus mujeres a los visitantes. De estas relaciones “tan franca y voluntaria, procedió ley y costumbre entre ellos, que no heredaban los hijos, sino los sobrinos”. Pasaban el tiempo cantando, bailando “y en uso de las mujeres, y esto tenían por su bienaventuranza”. Estos los de la Gomera.

Los de Tenerife se alimentaban con trigo, cebada y legumbres, amén de ganado que tenían en abundantes hatos y con cuyas pieles se vestían. Se distinguían por tener unos ocho o nueve linajes, con su rey propio. Cuando el rey moría lo llevaba a cuestras a enterrar el más honrado. Una vez en la sepultura, todos a una, gritaban “¡Vete a la salvación!” Las mujeres no eran aquí comunes,

³² Cap. CCII.

sino personales. Eran más razonables que los de las otras islas y más guerreros.

Los de La Palma, unos quinientos, eran los “menos políticos y razonables”. Los menos civilizados, en una palabra. Comían hierbas, leche y miel.

Este sustancioso capítulo XXI (Lib. I), que no es sino una traducción del capítulo XII, *Década* I de João de Barros (*Década Primeira da Asia*. Lisboa, 1752), lo termina el dominico sevillano refutando a Petrarca en sus juicios sobre los indígenas canarios. Petrarca, en el Lib. II, Cap. III de su *De Vita Solitaria*, escribió que los indígenas canarios eran poco menos que bestias, que vivían más por instinto que por razón, y que andaban dedicados a cuidar solitariamente sus ganados por sus montes. Las Casas reconoce que hay autores que tienen autoridad y crédito, pero cuando se dedican a escribir de oídas “yerran en la sustancia de la verdad”. Es el caso de Petrarca, pues no es cierto que los canarios fueran tan bestiales, como lo demuestran los escritos de los portugueses, que fueron los primeros en tratarlos. Uno de estos autores debe ser João de Barros, al que Casas cita con frecuencia. Y en esta disquisición historiográfica termina con algo muy interesante, diciéndonos que Alonso de Palencia, en su obra *Universal Vocabulario en latín y en romance*, participa que ha escrito *las costumbres y falsas religiones maravillosas de los canarios*, pero, razona el fraile, no ha debido publicarse esta obra. “Y lo dicho baste cuanto a las Islas Canarias”, termina ³³.

Anglería, anterior a las Casas en cuanto a testimonio, no aporta grandes novedades, pero da dos interesantes noticias. Una sobre la cosmogonía o teogonía canaria; otra sobre los descendientes de Bethencourt, y todo en un capítulo donde está hablando de la isla Española. Y es que el humanista milanés deja fluir de la pluma las noticias según le afloran o según le llegan. Hablando de lugares sagrados, cita a Jerusalén y a la Meca, similares en su significado religioso, según él, a “Tyрма, edificada sobre alta roca” en Gran Canaria y desde donde muchos indígenas alegres y cantando “se tiraban abajo, persuadidos por sus sacrificadorcillos de que las

³³ Casas, lib. I, cap XXI.

almas de los que se arrojaban desde allí por amor de Tyrma eran más felices y llevadas a las delicias eternas”³⁴. Esto mismo lo dirá Alonso de Santa Cruz.

Pedro Mártir es desordenado, mezcla y nos obliga a poner en orden su prosa. Pero en este caso vamos a prescindir de este orden y seguir su desorden. Porque a continuación dice: “he sabido poco ha” que en Canarias hay un partido betancorano que conserva todavía la lengua y las costumbres francesas, a pesar de que los herederos de Betancor vendieron sus derechos. Los que acompañaron al francés construyeron allí sus casas, aumentaron sus familias, y allí permanecen felices viviendo con los españoles “sin los fríos de Francia”³⁵.

Fernández de Oviedo es tan breve como Anglería, y en su brevedad no añade noticia nueva alguna. Para él los canarios son gente de mucho esfuerzo, “cuasi desnuda y tan silvestre” que no tenían lumbre, según algunos, y poseían armas, consistentes en varas y piedras, con las que mataron a muchos cristianos³⁶.

Gómara, como siempre, inicia su indagación por la filología. Y así nos explica o nos da la versión que algunos autores han facilitado del gentilicio *canario*, derivado, según unos, “por comer como canes, mucho y crudo”, pues un canario “se comía veinte conejos de una comida”.

Hablaba de la cueva de los reyes de Gáldar, cavada “en peña viva y toda chapada de tablones del corazón del pino que llaman tea, madera perpetua”. Los indígenas andaban desnudos o, cuando mucho, con dos cueros peludos de cabra. A base de sebo endurecían el cuero, mojando el sebo de cabras con zumos de hierbas. En su alimentación gastaban cebada (no tenían trigo) y carne cruda, por no conocer el fuego, según dicen. Pero Gómara no acepta esta afirmación y sostiene que sí conocían el fuego. En cambio, sí consta que no conocían el hierro y que tenían que arar la tierra a base de cuernos.

³⁴ Lib VII, cap. I, pág. 260.

³⁵ Anglería: *Década* III, lib. VII, cap. I, pág. 260.

³⁶ Lib I, cap. V.

Cada isla tenía su propia lengua.

En la guerra eran esforzados y cuidadosos; usaban ballestas de palo y dardos y lanzones con cuernos por hierro. Eran hábiles arrojando piedras y solían atacar de noche para engañar al enemigo. En la paz eran flojos y disolutos. Gustaban de fiestas y bailes, y solían pintarse en éstas, así como para la lucha. Polígamos, idólatras, se les aparecía mucho el diablo. Cuando elegían nuevo señor, muchos, para ganar fama y hacienda para los suyos, solían arrojar por el peñasco de Ayatirma (sic). A los muertos los bañaban en el mar, luego los secaban a la sombra y los liaban con correas de cuero de cabra de tal manera que duraban mucho sin corromperse. Maravilla—considera—que estando tan cerca de Africa fueran tan distintos en religión, costumbres, trajes y color. Gómara no rehuye nunca la consideración y la comparación y por eso termina razonando que el hecho de que no tuvieran fuego, hierro ni letras es síntoma de que no habían entrado allí cristianos. Pero desde Bethencourt han comenzado a ser de Castilla y ya son cristianos “y visten como en España” (primera distinción de un peninsular), adonde vienen “con las apelaciones y tributos”³⁷.

Alonso de Santa Cruz coincide con Gómara y con Anglería y Casas. Los canarios, para Alonso de Santa Cruz, sí conocieron el fuego, aunque haya autores que sostengan lo contrario. Como armas usaban varas y piedras, y como casas, las cuevas. Religiosamente rendían culto al sol, estrellas y luna. Eran polígamos, “pero el principal las había de conocer primero, lo cual era tenido por una gran honra”. Ligeros, saltaban como cabras de peña en peña, siendo los de Tenerife los más guerreros. Tenían lenguas distintas según islas.

En Gran Canaria, al subir al poder un nuevo príncipe, algunos se despeñaban como parte de la ceremonia, gratificando el príncipe a los parientes del suicida.

También en Gran Canaria había una peña alta, llamada Telma (sic), donde hacían sus ritos, y en su honor los canarios, tomándose de las manos dos a dos, alegres y cantando, persuadidos por los

³⁷ I, 374-5.

sacerdotes de que quien así moría lograba que su alma gozara vida eterna, se despeñaban. Así los canarios por sus Termas (sic), que eran como casas santas y que tenían para ellos el mismo significado que para nosotros Jerusalén o para los moros la Meca, perdían la vida ³⁸.

En ninguno de los cronistas se recoge la suerte posterior del indígena canario. Se habla de sus costumbres, y Bernáldez, lo vimos, nos da el fin de algunos grupos, pero nada más. Únicamente Fray Bernardino de Sahagún, al referirse a la desaparición del pueblo azteca, recuerda el caso canario, e indica que “desde las Canarias acá todas las naciones han faltado” ³⁹.

5.—LA CONQUISTA DE LAS ISLAS.

¿Quiénes pudieron informar a Bernáldez sobre la conquista de Canarias? Los últimos editores de la famosa Historia, hoy llamada más propiamente *Memorias*, citan una treintena de fuentes usadas por el cura de Los Palacios, pero, dijimos, ninguna de ellas tiene que ver con el mundo canario. Consultado por mí uno de los editores, el doctor Juan de Mata Carriazo, sobre el particular, tuvo la amabilidad de informarme sobre su opinión de que tal vez algún clérigo o comerciante pudo ser quien le informase tan cuidadosamente sobre lo sucedido en Canarias. O alguno de los actores.

Pudo tener como amigo, en su casa, a cualquiera de aquellos conquistadores que, partiendo de Sevilla, se lanzaron a debelar el Archipiélago. Es lo que sucede a Colón. Tanto el hecho canario como el hallazgo colombino entran en sus capítulos poniendo una nota exótica en el popularismo de su prosa.

No hay acarreo de materiales nuevos y, por lo mismo, no encontramos noticias. Nos dice, refiriéndose a Gran Canaria, que desde Sevilla se enviaron a conquistarla a Juan Rejón y a Pedro de Algaba, pero “entre los cuales ovo cisma e muerte”. Después marchó Pedro de Vera, Alcaide de Arcos, que salió de Jerez en

³⁸ *Islario* Parte tercera, 348-361.

³⁹ Tomo III, cap. XIII, pág. 308.

1480 y que fue enviado a conquistar Gran Canaria como castigo por haber matado al alcaide de Medina Sidonia. La relación con América se apunta ya, pues este Vera será abuelo de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, como más de una vez nos dirán las crónicas indianas. En los capítulos 64, 65 y 66 trata Bernáldez de las Islas, su conquista en general y, en particular, de la Gran Canaria. Para volver en los capítulos 132 y 134 a tratar de las conquistas de La Palma y Tenerife. Precisamente el capítulo 132 es copiado servilmente por Alonso de Santa Cruz en su *Crónica de los Reyes Católicos*. Resulta interesante leer en Bernáldez, al referirse a La Palma, que su conquista no la ha sabido “explicadamente”. Prueba de que su información debió ser oral. Refiere que Alonso de Lugo, caballero de Sevilla, actuó con Vera y quedó en Gran Canaria, de donde salió para dominar a La Palma, cosa que efectúa en 1493, sometiendo a 1.200 palmeros entre varones y hembras y capturando 21.000 cabezas de cabras y ovejas. El mismo Lugo obtiene la conquista de Tenerife, que principia con gente de Sevilla y toda Andalucía, amén de gente del Archipiélago. Pero tan pronto comenzaron a hacer la guerra a los guanches se encontraron con que éstos querían “ser cristianos e libres, que no querían guerra” y pedían los dejaran tranquilos en sus casas y tierras como vasallos de Castilla. Esto no fue bien acogido entre los conquistadores por diversas causas: 1.ª, por los grandes gastos que se habían hecho preparando la expedición; 2.ª, porque los tinerfeños habían sido requeridos muchas veces y se habían negado a aceptar la fe católica y el vasallaje a Castilla, y 3.ª, porque se desconfiaba de ellos. Tras discutir diversas opiniones se inició la conquista, pero los guanches descalabraron a los de Lugo rápidamente y los persiguieron “fasta la mar”. Fue un reembarque sangriento porque muchos lograron alcanzar los navíos, pero otros se “enrocavan en las peñas e barrancos e veras donde bate la mar, e allí los mataban; e dellos desde que la mar crecía los ahogava”. Murieron más de ochocientos hombres de Lugo. Los que escaparon se volvieron a Gran Canaria “e dende cada uno a su tierra”. Pero Lugo se envaletonó más; regresó a Castilla, pidió licencia, reclutó gentes y más ordenadamente desembarcó en Tenerife en 1495, sometiendo

totalmente a los guanches y a “Tenerife [e] la metieron en el señorío de Castilla”⁴⁰.

Para Bernáldez la conquista de Canarias es un episodio más del reinado cuyas *Memorias* escribe; no así para los otros cronistas que analicemos: Gómara, por ejemplo.

Para el capellán de Cortés la conquista de Canarias es el antecedente de la conquista de América. Lo dice claramente: “Por ser las islas Canarias camino para las Indias, y recientemente conquistadas, escribo aquí su conquista”. Se remonta al siglo XIV, tras sostener que el Archipiélago fue muy conocido y elogiado por griegos, latinos y africanos. Es en 1344 cuando Luis de la Cerda solicita ya licencia a Pedro IV de Aragón para someter a las Islas, adonde, tal vez, hubieran llegado entonces los mallorquines, a quienes los canarios se alaban de haber vencido. Hacia 1393 arriban los primeros españoles, que son sevillanos, vizcaínos y guipuzcoanos. Van con caballos y el cronista ignora a costa de quiénes fueron, pero sí sabe que apresaron al rey y a la reina de Lanzarote, más 170 personas, cueros de cabras, cera... El próximo personaje en la prosa de Gómara es Juan de Bethencourt, que lleva a Fray Mendo (sic) como obispo. El conquistador normando sometió a cuatro islas, cuyo señorío dejó a su sobrino Menaute (sic). Bethencourt envió a España y Francia esclavos, cueros, sebos, cera, orchilla, sangre de drago, higos... Prosigue narrando las incidencias de la conquista. Es de notar las equivocadas transcripciones de los nombres indígenas: Maningra, por ejemplo, y otros que hemos hecho constar. De éste, de Maningra, reproduce una frase que ya recoge la *Cronica* de Sedeño, al igual que Abreu Galindo, pronunciada cuando alguien le tachó de medroso: “Tiemblan las carnes temiendo el peligro donde las ha de poner el corazón”. Gómara no emite ningún juicio sobre la conquista, ni califica a ninguno de los actores, pero subraya el valor del indígena canario y menciona a Maninidra y a otro llamado Juan Delgado⁴¹.

⁴⁰ Caps. 64, 65, 66, 132 y 134; págs. 135-145 y 337-314.

⁴¹ I. 374-6. Sobre “El dicho de Maninidra” véase aclaración de A. Cioreanescu, “Revista de Historia Canaria”, XXVIII, 137-140, 1962, págs 182-187.

Gonzalo Fernández de Oviedo aprovecha la escala de Colón en Gran Canaria en 1492 para facilitarnos los breves datos que nos da sobre la conquista y los indígenas, sin novedad alguna ⁴².

Y de paso también, y así lo expresa, se manifiesta Anglería cuando escribe: “Paréceme que no ha de disgustar, supuesto que hemos venido a las Canarias (con Colón en el primer viaje), el que cuente cómo de desconocidas se hizieron conocidas y de incultas vinieron a cultura”. Supone que “por feliz suerte” las encontró Juan de Bethencourt en 1405; pero su relato es mínimo, aunque, como Oviedo, resalta el coraje bélico de los indígenas. Como Gómara, transcribe mal los nombres, y como Bernáldez, recoge la derrota de Lugo en Tenerife, aunque la mortandad de cristianos la reduce a 400 ⁴³.

Y vamos con las Casas:

Indicábamos que Bernáldez recoge la conquista de Canarias como un episodio más de la historia de los Reyes Católicos que narra, en función de éstos. En cambio Gómara, Oviedo y Anglería —como Sahagún más tarde— se hacen eco determinados por el hecho americano que están narrando. Gómara, ya lo dijimos: “por ser camino para las Indias”, Anglería, “supuesto que hemos venido a Canarias”. Es decir, ya que estamos aquí—en Canarias—digamos algo de ellas, parecen decirnos con sus frases

Entre unos y otros hay diferencias, no sólo en cuanto a la extensión o transcripción de nombres indígenas, sino en cuanto a fechas. Merece evidenciamos algo notable en Bernáldez y en las Casas. El cura de Los Palacios recoge el mito sobre el ojo o luz que, según profecía, se les mostraría a los canarios en dirección a España. En las Casas llama la atención su bella frase: “Las Canarias estaban tras la puerta”, y pese a ello no habían sido descubiertas y conquistadas. Con mayor razón, considera, tenían que estar ocultas las Indias. Siempre, como vemos, el paralelo, la comparación Canarias-Indias. Las Casas, cuyo relato de la conquista de las Islas es amplio, merece la atención, aunque no vayamos a glosarlo. Como fuentes utiliza documentación y al portugués João

⁴² Lib. I, cap. V.

⁴³ *Década* I, lib. I, cap. I.

de Barros, a quien combate, especialmente al tratar de los intentos portugueses ⁴⁴. Las Casas y Gómara ofrecen cierto paralelismo al tratar de Bethencourt.

Las razones que impelen a las Casas para tratar de la conquista canaria están perfectamente expresadas cuando escribe: "porque haya dellas noticia alguna en nuestro vulgar castellano, pues ni en él, ni en historia escrita en latín, se hallará escripto tan particularmente ni tan larga lo que aquí habemos dicho dellas" ⁴⁵. Ciertamente, aunque son las palabras siguientes más interesantes, puesto que evidencian ese paralelismo tantas veces citado, pero ya visto por el fraile dominico: "y parece no ser fuera de propósito referirlo como quiera que cada día, hablando destas Indias, hemos de topar con ellas". *Ellas* son las Islas Canarias. Ya en el capítulo XVII ha hecho semejante afirmación y propósito en bello párrafo que no tiene desperdicio alguno: Dado que "muchas hemos de tocar en la historia siguiente, con el ayuda de Dios, y muchos y aun quizás todos los que hoy son y menos los que vinieren, no saben ni por ventura podrían saber cuándo ni cómo ni por quién fue celebrado su descubrimiento, parecióme que sería mucho agradable referir aquí algo de ello, antes que tratemos del de nuestras oceanas Indias". Nos libera de todo comentario la claridad del párrafo lascasiano. Pero queremos añadir algo más, no nuestro, sino del mismo fraile. Y es que, continuando esta similitud Canarias-Indias, seguidamente nos comunica que un año, que deja en blanco, una nave inglesa o francesa yendo de Francia o de Inglaterra a España fue arrastrada por vientos contrarios yendo a parar a Canarias. Esta nave llevó la noticia a Francia... y entonces comenzó su conquista. La similitud con el casual descubrimiento de América por el piloto desconocido es patente. Seguir al fraile implica alargar nuestro estudio, pero sus capítulos XV a XVI del Libro I contienen un rico material para la historiografía canaria ⁴⁶.

Resulta interesante no sólo seguir la tarea de exégesis y crítica de las Casas cuando se trata de desmentir a Barros o cuando usa documentos y la *Historia* de don Juan de Castilla, de la cual

⁴⁴ Lib I, cap. XIX.

⁴⁵ Lib. I, cap. XXII.

⁴⁶ Tomo I, págs. 73-118.

sólo posee “ciertos cuadernos”. Aún más notable resulta comprobar en las Casas una exaltación—que alcanzará su cenit al enfrentarse con el mundo americano—, cuando trata de los derechos para efectuar la conquista. Y así exclama y se pregunta: “¿Qué causa legítima o qué justicia tuvieron estos Betancores de ir a inquietar e hacer esclavos a aquellos canarios, estando en sus tierras seguros y pacíficos, sin ir a Francia ni venir a Castilla ni a otra parte a molestar ni hacer injuria, violencia ni daño alguno a viviente persona del mundo?”⁴⁷. Como una tromba prosigue el fraile arremetiendo contra los portugueses y contra los que arribaron a Canarias a efectuar daños, robar, saltar⁴⁸. Juan de Bethencourt, dice, conquistó Lanzarote, Fuerteventura y Hierro “haciendo guerra cruel a los vecinos naturales dellas, sin otra razón ni causa más de por su voluntad, o, por mejor decir, ambición y querer ser señor de quien no le debía nada, sojuzgándolos...; es cosa cierta de maravillar que haya caído tanta ceguedad en los cristianos, habiendo profesado guardar la ley natural y el Evangelio...”⁴⁹.

Por fin, en la *Historia de la Nueva España*, escrita en el XVI por Juan Alonso de Zorita, se habla de Lucio Marineo Sículo, que en sus *Cosas Memorables de España* (Lib. XIX) trata de “cómo y cuándo se ganaran las Canarias”.

6.—PREDESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

Es éste tema siempre polémico y cuajado de interés en la historiografía colombina. No cabe aquí extenderse porque sólo pretendemos señalar las relaciones de Canarias, tal como aparecen en los cronistas indianos, con el asunto. Las Casas, Oviedo, el Inca Garcilaso, recogen la historia del hallazgo casual de América por un piloto desconocido que lo comunicó a Colón.

En las Casas se trata de un barco descarriado que hacía la ruta España a Flandes o Inglaterra.

⁴⁷ Lib. I, cap. XIX.

⁴⁸ *Ibidem* y cap. XVII.

⁴⁹ Lib I, cap XVII.

En Fernández de Oviedo es el mismo barco en ruta España-Inglaterra.

En Gómara son más de una las versiones, pero es donde primero se dice que se trata de un piloto andaluz que negociaba con Canarias.

El *Inca* Garcilaso amplía la referencia, pues habla de un piloto de Huelva, del Condado, que traficaba con Canarias; de estas islas iba a Madera y de aquí se dirigía a España, cerrando su “triangular contratación”, primera mención que hallamos de un comercio triangular.

Pizarro Orellana dará similar versión que la del Inca ⁵⁰.

A nosotros, claro, nos interesan aquellas versiones donde el pre-descubrimiento aparezca ligado a Canarias, bien porque se trata de un piloto canario o porque el famoso piloto contrataba con Canarias. Este es el valor de las versiones que recogemos y que no encontramos citadas en las obras que acabamos de mencionar.

Pigafetta escribe que algunos suponían que “desde las Islas Canarias podía llegar a la isla de la Antilla, y por esta razón Colón denominó Antillas a las Islas que encontró más acá de América ⁵¹”.

Antonio de Herrera recuerda que un vecino de las Islas Madeiras pidió licencia en 1484 para descubrir ciertas tierras que se veían anualmente hacia el W. De esto resultó que en los mapas antiguos se pintaran algunas islas, especialmente llamadas Antillas, situadas a unas 200 millas al poniente de las Canarias. Estas Antillas, estimaban los portugueses, eran las Siete Ciudades, “cuya fama y apetito ha hecho a muchos, por codicia, desvariar y gastar muchos dineros sin provecho”.

Menciona también Herrera el caso de un Antonio Leme que navegando hacia Poniente le pareció encontrar islas. Y afirma que

⁵⁰ Baldomero de Lorenzo Leal: *Cristóbal Colón y Alonso Sánchez o el primer descubrimiento del Nuevo Mundo* Jerez, 1892 Alberto Aboal Amaro: *El Piloto Desconocido*. Montevideo, 1957.

⁵¹ Pigafetta, pág. 12.

en la Gomera y Hierro muchos habitantes sostenían ver cada año islas hacia poniente. Pero también recoge el cronista oficial que más de uno pensaba que la tierra se acababa en Canarias; más allá sólo había mar ⁵².

Alonso de Santa Cruz se inclina a considerar como germen del plan colombino, no las lecturas efectuadas por el futuro Almirante, sino “la noticia que traxo aquella nao que viniendo por alta mar de la parte de las Canarias y siendo alcanzada allá por tempestad vio alguna de aquellas yslas que están casi adyacentes a la España, por el qual indicio se determinó don Christoval Colón, o por que Dios por su bondad y misericordia quiso revelar una cosa que avía de redundar en su servicio” ⁵³.

Fray Antonio de la Calancha, en su *Crónica Moralizadora*, elucubra igualmente sobre la génesis del proyecto colombino, barajando diversos pareceres que él expone objetivamente: “Otros dicen que le dio la noticia—a Colón—un hombre del Condado llamado Alonso Sánchez de Huelva, natural de Huelva, piloto de las Canarias; así lo dice Garcilaso”. El “presbítero Gómara—añade—dice que muchos afirman que el marinero que dio la noticia era andaluz, que trataba en Canarias y en las Islas de Madera...” ⁵⁴.

La *Historia Apologética de las Indias Occidentales y en especial de la Provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala*, recoge también la historia del piloto andaluz, llamado Alonso Sánchez, que navegando de España a Canarias fue empujado hacia el Nuevo Mundo ⁵⁵.

Y el Padre Gumilla, para afianzar esa posibilidad de una derrota a causa de una tormenta Canarias-Indias, cuenta que estando en 1731 en San José de Oruña (Trinidad), los vecinos, que “aunque pocos son honrados”, le contaron que años atrás había arribado

⁵² Herrera: *Década* I, lib. I, cap II, tomo I, pág. 4.

⁵³ Parte tercera, pág. 347.

⁵⁴ Calancha, pág. 10.

⁵⁵ Isasoge *Historia Apologética de las Indias Occidentales*, pág 146.

a la isla un barco que yendo de Tenerife a otra isla del Archipiélago se vio desviado por una tormenta. Gracias al vino que llevaban vivieron, aunque llegaron flacos y esperando la muerte a cada minuto. Si esto sucedía en pleno siglo XVIII, se pregunta Gumilla, ¿no pudo acontecer lo mismo en siglos pasados?⁵⁶, y admite así la posibilidad de un marino canario, o de un barco que traficaba con Canarias, o un marinero andaluz que viajaba a Canarias, etc., se viera empujado hacia poniente hasta arribar a las costas americanas. El hecho en sí no era difícil, ni imposible. Lo meritorio estaba en la segunda parte: en el regreso.

7.—CANARIAS COMO ESCALA.

Insistir sobre el valor de Canarias como escala y centro de aprovisionamiento resulta vano ya. En cualquiera de los "Derroteros" de antaño se recalca esta nota y en todas las crónicas las expediciones a Indias aparecen tocando en la Gomera, Gran Canaria, el Hierro y a veces en Tenerife o Lanzarote, para hacer aguada, tomar leña y provisiones. Pocas fueron las flotas que no hicieron esta parada reglamentaria, uniendo de este modo a las Islas con América en un vínculo que aún dura.

Si recurrimos a la *Geografía de Indias* de López de Velasco, por ejemplo, hallaremos perfectamente trazada toda la ruta: de Sevilla a Sanlúcar, de aquí, por el Golfo de las Yeguas y tras navegar unas 250 leguas, a Canarias, tardándose ocho o diez días. Nos explica el geógrafo los momentos del año en que conviene navegar y el predominio de los vientos que afectan a la navegación, para indicarnos seguidamente que de Canarias se va a la Dominica recorriendo

⁵⁶ Gumilla: *El Orinoco Ilustrado*. Segunda parte, cap. VI, págs. 260-1. El Padre Acosta corrobora esta posibilidad con una experiencia personal que cuenta así: "A mí me acaeció, pasando a Indias, verme en la primera tierra poblada de españoles quince días después de salidos de las Canarias, y sin duda fuera más breve el viaje si se dieran velas a brisa fresca que corría. Así que me parece cosa muy verosímil que hayan en tiempos pasados venido a Indias hombres vencidos de la furia del viento, sin tener ellos tal pensamiento " Lib. I, cap XIX, pág 72.

unas 500 leguas en veinticinco días en naves que pueden navegar de 25 a 30 leguas diarias ⁵⁷.

Las recaladas solían hacerse “en Gran Canaria, o la Gomera, o La Palma, porque están en más derecha derrota y al propósito, e son fértiles e abundan en bastimentos y de lo que conviene a los que esta larga nagevación hacen”, dice Oviedo ⁵⁸.

Hierro y la Punta de Anaga serán también fundamentales referencias para enrumbar y fijar posiciones, como bien nos lo recuerdan Alonso de Santa Cruz y Vázquez de Espinosa ⁵⁹.

Y Tenerife, más abundante en provisiones, será refugio de importantes flotas. Y el Teide, desde el gran viaje descubridor, será faro y guía:

Pasan por Canarias, ven el pico
de Teide que domina los celajes
corte las ondas náutico hocico .

rima Juan de Castellanos ⁶⁰.

Las escalas de Colón revisten un enorme interés, y la primera ha servido para que modernamente algunos cultivadores de la historia insular polemiquen sobre el lugar de la arribada de Colón en Gran Canaria. Para nosotros no hay duda alguna de que ese lugar fue Las Palmas. Aunque el Almirante o Pinzón hayan arribado a Gando, luego debieron ir a Las Palmas. Y si Pinzón fondeó en Gando, no cabe duda que Colón, viniendo de la Gomera, se dirigió a Las Palmas, donde debía estar doña Beatriz de Bobadilla y el navío de Grajeda que le interesaba. No podía pensar Colón que la señora de la Gomera estuviera en Gando, lugar sin importancia política o comercial. Repito, pues, que no insistimos más en las recaladas de Colón. Todas constan bien en el *Diario* del primer

⁵⁷ Lope de Velasco

⁵⁸ Oviedo, lib. I, cap. IX.

⁵⁹ Vázquez de Espinosa, lib I, cap. I. Punto 1.

⁶⁰ Castellanos: “Historia de Cartagena”. Canto I, tomo III, pág. 19.

viaje, en las Casas, en Fernández de Oviedo, en Hernando Colón, en Antonio de Herrera, etc.

Si el primer viaje colombino tiene interés descubridor, por los aprestos y arreglos técnicos que se le hacen a los barcos y, sobre todo, por la inyección de optimismo que les ponen a los aventureros al indicarles que desde las Islas se veían tierras hacia el Oeste, el segundo viaje está dotado igualmente de una enorme trascendencia colonizadora. De nuevo se hace alto en la Gomera, donde estarán dos días tomando velozmente provisiones de becerros, cabras, ovejas, leña, agua, gallinas, que fueron la base de la futura riqueza avícola americana, pepitas y simientes de frutas, y las famosas ocho puercas que costaron 560 maravedíes.

Los animales prefirieron siempre tomarlos en Canarias vivos, para evitarles el mal rato que significaba la navegación Cádiz-Canarias. En este tramo las flotas “sienten la mayor dificultad, por ser aquel Golfo de las Yeguas vario, y contrastado de varios vientos”⁶¹. Esto lo hace constar el P. Acosta.

Pero mucho antes, y por directa experiencia en más de una ocasión, Fernández de Oviedo expresó que “aquel espacio o golfo de mar que hay desde Castilla a estas islas se llama Golfo de las Yeguas a causa de las muchas dellas que allí se han echado. Porque, como es tempestuoso mar, en mucha manera más que desde allí adelante hasta las Indias e de más peligro, acaesció, en los principios que esta tierra se poblaba, que trayendo los ganados e yeguas desde España, todas las más dellas se quedaron en aquel golfo, por tormentas e por se morir en el viaje; y, de ser tan dificultoso de pasarlas, comenzaron los hombres de la mar a llamarle el Golfo de las Yeguas. E así se le puso este nombre e se ha quedado con él; porque las que llegaban vivas hasta las Islas de Canaria, las tenían por navegadas o puestas en salvo. Mas también se pudiera llamarle el Golfo de las Vacas, pues no murieron menos que de las yeguas, de la misma manera”⁶².

⁶¹ José Acosta: Lib. III, cap. IV, pág. 144.

⁶² Oviedo: Lib. II, cap. VIII.

Gómara fija también la ruta Sanlúcar-Hierro en unas 250 leguas, a hacer en ocho o doce días. Y, como Oviedo, las Casas y Acosta, reconoce que el tramo peor del viaje a Indias está en el citado Golfo de las Yeguas, equivalente, al regreso, al Canal de Bahamas⁶³.

Las Casas, que navegó decenas de veces por el Atlántico, asevera que “el mayor golfo de mar que en aquellos tiempos por nuestra gente se navegaba era, o el de las Canarias, o el de las Islas Azores, o el de las Islas de la Madera o las de Cabo Verde”⁶⁴.

El viaje era menos rudo en el segundo trecho: “pasadas las Canarias, van bajando [las naves]—dice el P. Acosta—hasta entrar en la Tórrida; y hallan luego la brisa, y navegando a popa, que apenas hay necesidad de tocar a las velas en todo el viaje. Por eso llamaron a aquel golfo, el Golfo de las Damas, por su quietud y apacibilidad”⁶⁵.

Con frecuencia se tardaba más en lograr fondear en una de las Canarias que en llegar a ellas. Dijimos que el tramo Sevilla-Canarias se hacía en ocho o doce días o algo más; dependía del estado del mar. Colón tardó del 4 al 9 de agosto en su primer viaje, logrando fondear, dice Hernando, el 11⁶⁶.

Desde Canarias hacia América empujaban los alisios, y los marineros divisaban hasta cinco clases de aves, entre ellas el famoso “rabo de junco”, que Oviedo, haciendo su tercer viaje entre Canarias y la Península, logró divisar en el Golfo de las Yeguas con gran admiración de los marineros, que nunca habían visto estas aves tan cerca de España⁶⁷. Los compañeros de Colón, por su parte, creyeron experimentar que el agua en el llamado Golfo de las Damas era menos salada y cada vez más hermosa, síntoma de “ser los aires más puros y dulces”⁶⁸.

⁶³ Gómara, I, pág. 371 (El Camino de las Indias).

⁶⁴ Casas: *Historia de las Indias*, lib. I, cap. XXXVII.

⁶⁵ Acosta, lib. III, cap. IV, pág. 144.

⁶⁶ Oviedo, lib. VIII, cap. V.

⁶⁷ Oviedo, lib. XIV, cap. I.

⁶⁸ Casas: *Historia de las Indias*, lib. I, cap. XXXVI.

Toda la teoría de expediciones que siguen al hallazgo colombino tocarán generalmente en Canarias. Lo hace Pinzón y Ovando en 1502 y Alonso Quintero en 1504. Pedrarias Dávila, con su florida expedición en el año 1514, arriba a la Gomera, donde permanece fondeado dieciséis días para carenar las naves maltratadas por un temporal, especialmente la capitana, que perdió el timón, al igual que Pinzón en 1492. En la Gomera toma leña y agua, "pues vienen muy bien aquellas islas a los que quieren lanzarse a aquel vasto mar", sentencia Anglería⁶⁹. Oviedo manifiesta que Pedrarias arribó a la Gomera con 18 naos y carabelas, enviando una directamente a Santo Domingo para tomar "lenguas"⁷¹. La escala debió ser de veinte días, pues Oviedo, que iba en el viaje, así nos lo dice⁷², manifestando entonces que eran 22 naos y carabelas. El sucesor de Pedrarias, el Gobernador Pedro de los Ríos, también arribará a la Gomera en 1526⁷³. El mismo año en que tocó Montejo, conquistador de Yucatán.

No faltará nunca la anécdota, el episodio cómico o trágico, en estas escalas, como siempre sucede en la historia del mar. Cuenta las Casas que en 1510 pasaron a la Española los primeros dominicos en la figura de fray Domingo de Mendoza. Se contaba en Santo Domingo que cuando este fraile tocó en la Gomera le rogaron que visitase a una mujer que estaba endemoniada y el fraile aceptó gustoso. Conjuró al demonio y le preguntó que de dónde venía, a lo que el diablo, por boca de la mujer gomera, le contestó que de las Indias. El fraile exclamó: "¡Ah, don traidor, que yo no os cale para allá, pues la fe católica se lleva y va en ellas a predicarse, donde habéis rescibido gran daño y ser dellas desterrado!" Respondió el demonio: "Bien está, que algún daño me han hecho y hacen, pero por eso bien que no se sabrá el secreto de estos cien años". El demonio ha podido decir verdad, apostilla las Casas y el tiempo se encargará de demostrarlo "y por ventura el secreto es la claridad del engaño y ceguedad que hay cerca de las injusti-

⁶⁹ *Década* III, lib I, cap I, pág. 242.

⁷⁰ Casas: *Ibid.*, lib. III, cap. LIX.

⁷¹ Oviedo, lib. L, cap. III, tomo V, págs. 311-312.

⁷² Oviedo, segunda parte, lib X, cap. VI, tomo III, pág. 223.

⁷³ Oviedo, segunda parte, lib. X, cap XXII, tomo III, pág. 304.

cias e impiedades que estas gentes de nosotros han rescibido, no teniéndose por pecado...”⁷⁴. Un demonio “canario” le ha servido para una de sus admoniciones.

Magallanes se aprovisiona en Tenerife⁷⁵, y fondea en un puerto llamado Monterroso⁷⁶. Loayza, yendo a las especierías, toca en agosto de 1525 en la Gomera, donde embarca “agua y refresco y lo que le convenía para la prosecución de su luengo viaje”. Francisco Pizarro, después de las famosas capitulaciones, pasó con sus gentes por la Gomera, donde aguardó a su hermano Hernando—la inteligencia de la familia—, a quien había dejado atrás resolviendo los problemas de la empresa de última hora⁷⁷.

Simón de Alzaba toca en octubre de 1534 en la Gomera, donde toman refrescos y adoban a la nao capitana, que hacía mucha agua debido a que, saliendo de Cádiz, tocó fondo⁷⁸.

Don Pedro de Mendoza, en su conocida expedición al Río de la Plata, fondea en Canarias, y, como a otros, “se le quedaron muchos hombres en las Islas”. Esto se lo contó a Fernández de Oviedo el clérigo Diego de Quintanilla, que formó parte de la citada expedición. Sabemos que ésta tuvo que cerrar el banderín de enganche, pues las gentes, ilusionadas por el tesoro de Atahualpa traído por Hernando Pizarro y expuesto en Sevilla, corrió a enrolarse con don Pedro de Mendoza. Pero a causa de muertes, desertores y dos naos perdidas, al Plata llegaron 1.500 hombres de los 2.000 que habían embarcado⁷⁹.

También, yendo al Río de la Plata, tocó en La Palma Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien tomó por la fuerza “una carabela que estaba cargada con vino”⁸⁰.

Diego de Ordás arriba a Tenerife, lo recuerda Fernández de Oviedo glosando la crónica del P. Carvajal, y fija en cuarenta y dos días la estancia de Ordás en Santa Cruz de Tenerife, donde com-

⁷⁴ Casas, lb. II, cap LIV

⁷⁵ Oviedo, lb. XX, cap. I.

⁷⁶ Pigafetta, pág 44.

⁷⁷ Pedro Pizarro, págs. 20-21.

⁷⁸ Oviedo, II, pág 240; Oviedo, III, 343.

⁷⁹ Oviedo, segunda parte, lb III, cap VIII.

⁸⁰ Oviedo, segunda parte, lb IV, cap. XV

pró dos carabelas “y tomó otros cien hombres isleños, buena gente, y proveyóse...”⁸¹. El P. Aguado, más explícito, indica que Tenerife era en aquel tiempo, “y aún agora, la más fuerte y abundante de comidas y mantenimientos”⁸². En Santa Cruz permaneció durante dos meses Ordás, rehaciéndose de bastimentos y de gente, entre los cuales estaban los hidalgos “Silvas”, que se ofrecieron a pertrechar ciertos navíos y tripulación a su costa, y de los que dice Juan de Castellanos:

Gaspar de Silva con sus dos hermanos
eran en Tenerife principales,
de próspero caudal y rico traje.
Al Ordás ofrecieron sus caudales
enviándole con buen matalotaje,
y con doscientos hombres naturales
prometieron de yr aquel viage. .⁸³.

Como los Silva tardaban algo, Ordás se adelantó rumbo al Amazonas, donde tendrá lugar una historia de la cual hoy queda el topónimo Silva dado a una isla del río.

Jerónimo de Ortal, sucesor de Ordás, zarpa de Sevilla en agosto de 1534 y en Tenerife armó otra carabela con 70 hombres⁸⁴. Juan de Castellanos, beneficiado de Tunja, refiriéndose a Ortal, en su *Elegía de Varones Ilustres* canta:

Surgieron en las Islas de Canaria,
adonde recogió gente novela,
y en Tenerife fue principalmente
donde se le llegó copia de gente⁸⁵.

También se refiere a Pedro Fernández de Lugo, que prepara su expedición en Tenerife en 1535 (en la *Elegía* IV, canto I); y Fernández Piedrahita⁸⁶ igualmente da testimonio de esta expedición.

⁸¹ Oviedo, lib, V, cap II.

⁸² Aguado, lib. IV, cap. VII, pág. 458. Caulín indica que en Tenerife Ordás se rehizo “de nuevas gentes y los correspondientes bastimentos” Lib. II, capítulo V, pág. 136

⁸³ Castellanos. Primera parte. Elegía IX. Canto primero, tomo I, 337

⁸⁴ Oviedo, Lib V, cap VII, tomo II, pág. 409.

⁸⁵ Castellanos Elegía XI. Canto I, tomo I, pág 405.

⁸⁶ P. Fernández de Piedrahita: Primera parte, lib. III, cap. V, pág. 99.

En Tenerife nombró ya a Gonzalo Jiménez de Quesada como Teniente General.

El mismo Castellanos, respecto a su hijo el tercer Adelantado de Canarias don Alonso Luis, ya en 1540, dice:

donde de los isleños más granados
también se le llegó lustrosa gente

En efecto:

Con muchos hombres nobles
don Alonso Luis salió de España
y pasó por las Islas de Canaria,
donde de los isleños más granados
también se le llegó lustrosa gente
y en tres navíos bien aderezados
para Santo Domingo hizo vía ⁸⁷.

Lucas Fernández de Piedrahita y Fray Pedro Simón corroboran que con don Alonso Luis Fernández de Lugo se enrolaron en Canarias “gente noble y común”, “algunos de los soldados de más porte de las Islas, y personas de mucha experiencia, como Juan de Mayorga, antiguo conquistador de Cubagua” ⁸⁸.

El madrileño Pedro de Heredia, yendo también a las tierras del Nuevo Reino, tardará once días en avistar la Gomera, y en ella permanecerá ocho días, “donde se proveyó de lo que hobo menester de refresco e agua e leña e otros bastimentos para su camino” ⁸⁹.

Los testimonios, con frecuencia, se contradicen al describir las Islas, al valorar sus ventajas, al enjuiciar a sus productos y hombres. Vimos cómo Fernández de Oviedo, tratando de la expedición de Ordás, califica a los isleños de “buena gente”. Esforzados, sufridores, los llamarán otros, que por su rápida adaptación a las condiciones telúricas del Nuevo Mundo destacaron pronto en todas partes.

⁸⁷ Castellanos: Cuarta parte, Historia del Nuevo Reino de Granada Canto XVII, tomo IV, pág. 415.

⁸⁸ P. Fernández de Piedrahita. Primera parte, lib VIII, cap I, págs. 301-2; Simón: Segunda parte Sexta noticia, cap. I, tomo III, pág. 169.

⁸⁹ Oviedo Segunda parte, lib VIII, cap V, tomo III, pág. 144

Ruiz de Arce (1543), testigo y cronista de la conquista del Perú, habla de la Gomera como de una "tierra mísera", donde viven unos pocos cristianos dedicados a la ganadería⁹⁰. Peyorativamente se trata a la tierra gomera, pero es un caso único. Igual sucede con los isleños, calificados de "bastos y groseros" por Aguado, Lucas Fernández de Piedrahita y Oviedo y Baños. Al historiar la expedición de Spira, arribada a Canarias ocho días antes de Navidad, cuenta Aguado que no sólo celebraron las Navidades, sino que procuraron rehacerse de la gente que, en casi la mitad, se les había quedado en Cádiz, para lo cual embarcaron doscientos hombres, "gente basta y grosera"⁹¹. Los dos adjetivos debieron de gustar a Fernández Piedrahita⁹², que los repite, y a Oviedo y Baños, que reincide con más alevosía, pues señala que Spira tomó "los primeros que encontró en aquellas islas, sin reparar que fuesen de los vastos y groseros que suelen producir aquel terreno"⁹³.

Paliemos el mal sabor que nos haya producido estos juicios adversos saboreando la anécdota llena de picaresca, humor o tragedia. Recordemos lo sucedido en Canarias a las expediciones de Nicolás Federman, Pedro de Mendoza y Hernando de Soto: 1529, 1535 y 1538.

Federman, en 1529, arribará a Lanzarote; Ulrico Schmidl (con Mendoza) fondeará en La Palma, y el Fidalgo de Elvas, cronista de Soto, en la Gomera. Tres fechas, tres nombres, tres islas y tres sucesos curiosos, narrados por dos tudescos y un portugués.

Federman cuenta que tardaron veintitrés días en llegar a Canarias, por lo que se vieron obligados a buscar agua en Lanzarote, "isla que, a pesar de estar bajo el Reino de España, sólo tiene una ciudad poblada de cristianos llamada Lanzarote" (sic). El viento les impidió fondear y se dirigen entonces a Rabicón (sic), donde el mismo Federman desembarca con diez hombres, sin sospechar que en tierra pudiera haber enemigos. Por entonces reinaba en la isla una gran sequía, por lo cual se permitía a los árabes de la costa

⁹⁰ J. Ruiz de Arce: advertencia de ——— a sus sucesores Apud. *Tres testigos de la conquista del Perú*, pág. 76

⁹¹ Aguado, lib. II, cap. I, tomo I, págs. 114-5.

⁹² P. Fernández de Piedrahita: Parte primera, hb. III, cap. IV, pág. 88.

⁹³ Oviedo y Baños. Parte primera, lib. I, cap. X, pág. 48.

vecina habitar en Lanzarote apacentando sus rebaños de cabras y camellos. Pagaban un tributo al capitán (sic) de la isla y negociaban con Africa a base de ganados, leche y queso. Cuando los árabes que estaban en Rubicón vieron a Federman y los suyos estimaron que eran franceses (Francia estaba en guerra con España entonces) y les atacaron en número de 80. Federman y otros fueron heridos a pedradas, dos alemanes y un español fueron apuñalados y el mismo Federman sufrió una estocada, amén de la pedrada, siendo finalmente hecho prisionero junto con dos españoles. Los que huyeron lo hicieron malamente, pues se les persiguió hasta las barcas a pedradas. Los prisioneros fueron llevados a una cueva en calidad de rehenes, aunque se le permitió a Federman escribir pidiendo rescate. Federman ocultó que él era el capitán de la expedición, y pidió enviaran al barbero para curarlos y a un griego que sabía árabe para enterarse de lo que tramaban sus raptos. Igualmente ordenó que los navíos levaran anclas y fueran a la ciudad a pedir ayuda por tierra. Así lo hicieron los navíos, y a los cuatro días el capitán de Lanzarote, Sancho de Herrers (sic), mandó fuerzas en camellos que los liberó, y apresó a los árabes o berberiscos. Curados los heridos y perfectamente atendidos, partieron luego hacia la Gomera para terminar el aprovisionamiento durante tres días ⁹⁴.

Ulrico Schmidl, años más tarde, en 1535, pasará por Canarias en unión del Adelantado Mendoza. En el Archipiélago, poblado por “puros españoles con sus mujeres e hijos”, los barcos se dispersaron. Schmidl fue con tres barcos a La Palma, donde están cuatro semanas anclados abasteciéndose. Cuando Mendoza ordenó levar anclas encontraron que en el barco de nuestro cronista iba una pareja de novios formada por un primo del Adelantado—don Jorge—y una muchacha palmera hija de un rico vecino insular. Por la noche el citado don Jorge había bajado a tierra con doce compañeros y había recogido a su amada “con sus joyas y vestidos y también con dinero”. Ni el capitán del barco, Enrique Paimé, ni el resto de la tripulación se enteró de este rapto. Sólo el que montaba guardia a media noche lo supo. Al levar anclas a la mañana siguiente un ventarrón fuerte los obligó a regresar al puerto, para

⁹⁴ Federman, págs. 24-28

desgracia de don Jorge Mendoza. Porque entonces el capitán Enrique Paimé, ignorante de lo sucedido, quiso bajar a tierra en un batel y se encontró con que en la playa le esperaban más de 30 hombres bien armados con arcabuces y alabardas. Paimé tuvo que huir rápido y refugiarse en otro barco distinto al suyo. Fracasado el intento palmero, en la ciudad comenzaron en seguida a repicar las campanas y dos piezas de artillería a disparar contra el barco de Paimé. El primer disparo hizo trizas el depósito de barro que había en popa con agua fresca, el segundo hizo añicos el palo de mesana, el tercero abrió un gran agujero en medio del navío y mató a un hombre, y el cuarto se malogró. Gracias a la intervención del capitán y tripulantes de unos barcos anclados junto al de Paimé que iban a Nueva España y estaban en tierra, se apaciguaron los ánimos. El Alcalde y el Regidor, así como el padre de la muchacha, subieron a bordo en busca de ésta y de Jorge Mendoza, pero éste manifestó que la muchacha “era su corporal esposa”, cosa que ella confirmó, por lo cual “se les unió de inmediato”, aunque el padre de la joven estaba muy triste. Paimé, por supuesto, se negó a que la pareja viajara en su barco maltrecho ⁹⁵.

A los quince días de zarpar de Sanlúcar llegaba a la Gomera Hernando de Soto. Era el año de 1538. Domingo de Pascua Florida, por la mañana. El que había sido el mejor jinete de la conquista, el hombre que había repartido a las primeras vírgenes del sol incaicas y que asustó con su caballo cerca de Cajamarca a unos nobles incaicos que merecieron la muerte por este temor, era recibido por el Conde de la Gomera “con mucho placer”. Y “fue bien aposentado”. El conde “andaba todo vestido de blanco, capa y pelliza y calzas y zapatos y caperuza, que parecía conde de gitanos”. Ocho días después de su llegada, después de tener todos “graciosamente” posada y “por su dinero muchos mantenimientos, pan y vinos y carnes”, la flota se alejaba de la Gomera dejando en ella a este pintoresco Conde que, en su generosidad, dio a la mujer de Soto—doña Isabel—una hija que tenía, bastarda, como doncella ⁹⁶. Da la impresión que es el Conde quien debe agradecer a Soto lo sucedido, tal como nuestro cronista portugués cuenta el

⁹⁵ Schmdl, págs. 32-35.

⁹⁶ Fidalgo de Elvas, cap. IV, pá. 37.

hecho. Pero el Inca Garcilaso añade algunas pinceladas más a la anécdota y por él nos enteramos que Soto “en aquellos días alcanzó del Conde, con muchos ruegos y súplicas, le diese una hija natural que tenía, de edad de diecisiete años, llamada doña Leonor de Bobadilla, para llevarla consigo y casar y hacerla gran señora en su nueva conquista”. Cedió el conde y entrególa a doña Isabel de Bobadilla, mujer del Adelantado, “para que admitiéndola por hija, la llevase en su compañía”. Y cierra el Inca su historia: “Con esta dama, cuya hermosura era extremada, salió el gobernador muy contento de la isla de la Gomera” el 24 de abril. Tal vez el Conde quedó triste, sin su hija bastarda. Y lo que no sabemos es si la muchacha iba triste o contenta. Triste, desde luego, si presintió el final de la expedición que descubriría el Río Mississipi⁹⁷.

Otra expedición importante, rumbo a Florida, es la del General Pedro Meléndez de Valdés, que también arribaría a Canarias, y, en escritos al rey, hará una valoración estratégica de las islas, como apostadero, donde es necesario que las armadas se abastezcan por múltiples razones, siendo una de ellas, y muy importante, que los productos son más baratos (una pipa de vino vale 10 ó 12 ducados y en Indias 40 ó 50 ducados), aunque conviene contar con reales despachos para que las autoridades colaboren en estos aprestos y se logren productos buenos y a precios no abusivos.

8.—PRODUCTOS EMBARCADOS PARA INDIAS.

Nos interesa aquí pasar revista a los productos canarios embarcados hacia América. Los vinos, quesos, harina y animales fueron metidos en los barcos tempranamente. Junto con simientes. Las Casas, Fernández de Oviedo, Acosta, el P. Cobo, constituyen testimonios fehacientes que la documentación confirma. Pero hay algunos productos originales, decisivos, que interesa subrayar. Es el caso de las famosas conchas coloradas, de los camellos, de los plátanos, de las vides, de la caña de azúcar y de los cerdos.

Las *conchas coloradas* las cita ya Bernáldez al mencionar las cosas que los portugueses llevan para rescatar en las costas de

⁹⁷ *Historia de la Florida*, cap. VIII.

Africa: “Conchas de Canaria—escribe—que tienen los negros en muy gran estimación y aprecio”⁹⁸. En Fernández de Oviedo las conchas coloradas aparecen cuando describe una balsa de indios peruanos que Pizarro encuentra. La descripción de la embarcación o balsa es espléndida y recuerda los dibujos de Humboldt: “La manera de este navío era de muy gruesos maderos, reatados fuertemente con sogas rescia de henequén, con su alcázar o retrete e gornalles, velas e jarcias, e potales de piedra grandes, tamañas como piedra de barbero, que sirven en lugar de áncoras. Llevaban conchas coloradas, de que hay en Chaquira, *id est* sartales, como las de las islas de Canaria que se venden al rey de Portugal para el rescate de Guinea; e por estas dan los indios todo el oro e plata e ropas que traen de rescate”⁹⁹.

Sarmiento de Gamboa, en su *Historia Indica*, menciona también el gran valor—“más que la plata ni el oro”—que las citadas conchas tenían para los indígenas del Perú¹⁰⁰. También las Casas, contemporáneo de Oviedo, cita el valor de “las conchas que se pescan en Canaria y se venden en tanto precio en la Mina de Portugal”¹⁰¹. Igual testimonio recogemos en Alonso de Santa Cruz¹⁰².

Gonzalo Fernández de Oviedo es prolijo al citar productos canarios pasados a Indias. En sus capítulos figuran pan fresco, gallinas, cabras, quesos, carneros, cabritos, “vacas en pie”, carne salada, “pescado salado de tollos”¹⁰³, etc. Todo embarca en Gran Canaria, Gomera o La Palma. Es en Oviedo donde hallamos el dato relativo a los *plátanos*, que también recoge el Padre Cobo. Dice el cronista oficial que fray Tomás de Berlanga llevó a Santo Domingo “este linaje de planta”, que luego se propagó muy bien por todas las Antillas y el Continente, dado que no lleva trabajo el mantener la planta y debido a que tiene mucha demanda de fruto. “Trujeron los primeros de Gran Canaria—recuerda—e yo los vide en la misma cibdad en el monasterio de San Francisco el año de

⁹⁸ Cap. VI.

⁹⁹ Lib. V, cap. III.

¹⁰⁰ Caps XXXVIII y LXII.

¹⁰¹ Lib. I, cap. CXLVIII.

¹⁰² *Islario*, Parte tercera, págs. 348-61.

¹⁰³ Lib. I, cap. IX, tomo I, págs 36-7.

mil quinientos veinte, e así los hay en las otras islas Fortunadas o de Canaria”¹⁰⁴. Prosigue Oviedo con una larga disgresión en torno al plátano, su cultivo y clases.

Años más tarde el Padre Cobo (1582-1657) corrobora el dato de los plátanos, transportados en 1516 por fray Tomás de Verlanga (sic), de la orden de Predicadores, posteriormente obispo de Panamá¹⁰⁵.

Termina Oviedo el capítulo anterior hablando de la *caña de azúcar*, que también se llevó de Canarias. Aquí precisamente¹⁰⁶ indica que fue el bachiller Gonzalo de Velosa quien primero construyó en Santo Domingo un trapiche movido por caballos a orillas del río Nigua, llevando “oficiales para ello desde las Islas Canarias”. Sin embargo, parece haber sido un tal Pedro de Atienza el primero que llevó la caña de azúcar.

En Cobo se halla igualmente la noticia relativa a los *camellos* llevados al Perú por el capitán Juan de la Reinaga, uno de los primeros pobladores. Estos camellos se multiplicaron mucho, pero no se extendieron fuera de los límites del Arzobispado de Lima. Unos fueron domesticados y otros se hicieron salvajes en las Sierras entre Lima y el valle de Inca. Descuidados, fueron disminuyendo, sobre todo por las matanzas que negros cimarrones hacían de ellos para mantenerse, de tal modo que en 1615 sólo quedaban dos hembras cuando un vecino quiso recogerlos para que no se extinguiesen. El Padre Acosta los vio, “aunque pocos”, “llevados de Canarias, y multiplicados allá, pero cortamente”¹⁰⁷.

Los *cerdos* igualmente pasaron de Canarias a Indias en uno de los viajes colombinos. El valor del cerdo en las entradas conquistadoras fue decisivo. Las huestes que contaron con las armas de fuego, el caballo y el perro como factores sorprendivos o sorprendentes, se hacían también acompañar por reatas de cerdos y vacas

¹⁰⁴ Lib. VIII, cap. I, tomo I, págs 248-9, tomo II, pág. 38 Aquí indica que a La Española se llevaron conejos, pero se comprobó eran perjudiciales por lo mucho que se reproducían, como había sucedido en Canarias, donde son también dañinos para los campos.

¹⁰⁵ Lib X, cap. XLIV

¹⁰⁶ Lib. IV, cap. VIII, tomo I, pág 106, y lib VIII, cap. L, tomo I, pág. 250

¹⁰⁷ Cobo, lib. X, cap XLIII, Acosta, lib IV, cap XXXIII

que les proporcionaban carnes. Las Casas lo dijo primero, y Antonio de Herrera, cronista oficial, recuerda que en el segundo viaje colombino se embarca en Canarias, agua, leña, becerros, cabras, ovejas “y ocho puercas, a sesenta maravedís la pieza, de las cuales multiplicaron las que después hubo en las Indias”. Simientes, hortalizas y gallinas entraron con las puercas ¹⁰⁸.

Son heterogéneos los productos tomados en Canarias. El Padre Aguado, por ejemplo, recuerda que el Emperador autorizó a los alemanes capitulantes de la conquista de Venezuela—Eynger y Sayller—para contar en Tenerife “con pinos de los que allí tenemos nuestros” destinados a lo que quisieran ¹⁰⁹.

La escala en Canarias, postrero adiós, servía para cargar todo lo que en Sevilla o Cádiz no se embarcaba por diversas razones. Primero, para aligerar los barcos; luego porque en el Archipiélago se obtenían algunas cosas más baratamente y más frescas. El Almirante Menéndez o Meléndez de Avilés, comunicaba al rey a raíz de su viaje a Florida, que interesaba adquirir el *bizcocho* en Canarias, pues valía 20 reales el quintal en lugar de 36. El vino también era más barato, las carnes, etc. Con el objeto de hacer este ahorro los expedicionarios cargaban a veces sólo lo necesario para arribar a Canarias y una vez allí terminaban de abastecerse. Meléndez de Avilés calculaba que podía ahorrarse, en su caso, más de 4.000 ducados con esta operación ¹¹⁰.

Es raro no encontrar productos canarios, u hombres de Canarias, en las grandes conquistas indianas. Sahagún recuerda que mientras Cortés fabricaba los famosos 13 bergantines para llevar a cabo la definitiva conquista de México, aportó a Veracruz un navío de Castilla y Canarias con tres caballos, ballestas, escopetas, pólvora, hilos de ballestas y mercancías que alegró a todos ¹¹¹. En el Perú los *quesos* canarios arriban en momentos difíciles, llevados con cecina y tocinos por el mercador Pedro Gregorio. Pedro

¹⁰⁸ Herrera: *Década I*, lib. I, cap VI, tomo I, pág. 37.

¹⁰⁹ Aguado: Capitulación del emperador con los alemanes. Notas al capítulo II del hb. I.

¹¹⁰ E. Ruidíaz y Caravia *La Florida. Su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*. Apéndice XXXVII, tomo II, págs. 211-212.

¹¹¹ Sahagún, cap. XIII, tomo III, pág. 308.

de Alvarado también llevó bastante queso de Canarias, “con lo que dio la vida a muchos de sus militares”, sostiene Fernández de Oviedo ¹¹². Momento crítico también el de unos naufragos que cuenta Oviedo, los cuales gracias a los restos del navío, las balsas, clavos y pez que encontraron en una pipa llevada de la Gomera, pudieron fabricar un bergantín y arribar a Tierra Firme.

El *vino* pasó de siempre y hasta el XVIII. Y también la planta. Es el único caso de exportación de la planta y del producto sin mengua. El Inca Garcilaso, en *Los Comentarios Reales* ¹¹³, cita a un Francisco Caravantes, antiguo y de los primeros conquistadores del Perú, hombre noble y toledano, que viendo la tierra en quietud —después de las Guerras Civiles—mandó a buscar a España plantas de vid, “y el que vino por ella, por llevarla más fresca, la llevó de las islas Canarias de uva prieta, y así salió casi toda la uva tinta y el vino es todo aloque, no del todo tinto...”

Los ricos caballeros del Perú enriquecían su tierra, la antigua “viña de Dios”, y llevaban a ella todo lo que fuera trasunto de la patria lejana. Por eso en 1556, un salmantino llamado don Martín de Guzmán, volvió al Perú atraído por la nostalgia “y llevó muy lindos jaeces y otras cosas curiosas, entre las cuales llevó una jaula con pajarillo de los que acá llaman canarios, porque se crían en las islas Canarias”, fue muy estimado porque cantaba mucho y bien; causó admiración que una avecilla tan pequeña pasase dos mares tan grandes y tantas leguas por tierra...” ¹¹⁴.

9.—ISLEÑOS, NATURALES DE CANARIAS.

Isleños se denominaron a los naturales de nuestras Islas, e isleños se les sigue llamando hoy en muchas partes de América: aunque esas partes sean islas. El *Catálogo de Pasajeros a Indias* re-

¹¹² “Relación del descubrimiento del Reino del Perú que hizo Diego de Trujillo ” Apud *Tres testigos de la Conquista del Perú*, pág. 127 Las Casas también nos habla de los quesos canarios lib. III, cap CLVIII, tomo III, página 374.

¹¹³ Inca Garcilaso, lib. IX, cap XXV

¹¹⁴ Inca Garcilaso. *Comentarios Reales*, lib IX, cap XXIV

coge los nombres de algunos de estos emigrantes, pero no todos, por razones obvias. El insular aprovechó el barco, la nao de tránsito, para embarcarse en ella sin cumplir con el formulismo de una licencia diligenciada en Sevilla. Cabe suponer, sin mucho error, que en todas las expediciones que tocaron en las Islas debieron engancharse isleños. Algunos muy conocidos, como los hermanos Silvas que fueron con Ordás, o como aquellos nobles y distinguidos caballeros que embarcaron con Pedro Fernández de Lugo, y con su hijo Alonso Luis más tarde. Otros, menos notables, como el grancanario fray Alonso Lobrón, compañero de Alvar Núñez Cabeza de Vaca en tierras de Suramérica¹¹⁵, o los que brotan en los versos del beneficiado de Tunja Juan de Castellanos.

Hay una zona donde los isleños figuran más: Tierra Firme, la zona norte de Suramérica. Nos referimos al primer momento, al período de la conquista. Castellanos o Aguado recogen esta presencia, explicada por motivos ya expuestos: Ordás y Lugo, que en Tenerife cargaron bastante gente isleña. Los hermanos Silva fueron convencidos por Alonso de Herrera, Maese de Campo de Ordás. Eran los Silva "gente de mediana hacienda y linaje y juveniles en la edad, y aun en el juicio, a los cuales fácilmente atrajo a sí Alonso de Herrera para que, deshaciéndose del patrimonio y bienes que allí tenían, los gastasen en armar navío y los que pudiesen, y en ellos metiesen los soldados y gentes que hallasen para ir con el Comendador Ordás". Les ofreció a cambio riquezas y fama. Así lo hicieron los Silvas. Se deshicieron de todos los bienes y haciendas que tenían y compraron una nao y una carabela... Los hermanos Silvas, aceptados por Ordás, quedaron en Santa Cruz pertrechando sus barcos, pero el demonio les tentó y comenzaron mal su actuación indiana. Se presagiaba ya el final que iban a tener. Cuando se disponían a zarpar en seguimiento de Ordás, arribó un galeón de un caballero portugués cargado de mercancías para Tenerife y con una doncella, corta de edad, hija o pariente del dueño del barco. El maestre del galeón, enemistado con el caballero portugués, se puso al habla con el mayor de los Silva, Gaspar, y convenció a éste de que se debía apoderar del galeón luso. Así lo hizo Silva

¹¹⁵ *Navifragios y comentarios*, pág. 115

y dio al portugués, a cambio, la nao deteriorada que tenía apresada para hacer su viaje. Repartió su gente entre el galeón y una carabela y a sus dos hermanos, Juan González y Bartolomé González, los puso en el galeón por capitanes.

En Cabo Verde continuaron sus tropelías los Silva, pues robaron ganado y desvalijaron a algunos moradores. Gaspar, que debía ser personaje de cuidado, “forzó y corrompió a la doncella” que llevaba en la carabela. El galeón se adelantó. Cuando llegaron a Paria, Ordás los recibió espléndidamente y hasta les autorizó a vender mercancías que traían con tal fin, pero prontamente Ordás fue enterado por dos soldados de lo que había sucedido en Tenerife, Cabo Verde y a bordo: inmediatamente Ordás ordenó apresar y enjuiciar a los dos Silvas que venían en el galeón, Juan y Bartolomé González, que fueron ajusticiados en seguida. Al poco arribó Gaspar a la fortaleza de Paria y no halló a Ordás, que ya se había metido por el río Uriaparia. Decidió seguirle, y cuando lo encontró mostró alegría, que pronto se le apagó. Porque Ordás ordenó condenarle y ajusticiarle. Su cadáver fue enterrado en la islita de Peratabre, que desde entonces se llamó de Gaspar de Silva ¹¹⁶.

Jerónimo Ortal, sustituto de Ordás, se hará acompañar por Agustín Delgado, su Alcalde Mayor, “que era diestro en la guerra y cuya patria era Tenerife” ¹¹⁷. Fue este Delgado hombre destacado en la conquista porque son varios los cronistas que recogen su nombre. Aguado nos comunica que “hera tenido por hombre experimentado en negocios de guerra, por averse hallado en algunas entradas de las que de las yslas de Canaria suelen hazer a Ver-vería...” ¹¹⁸. Lo que suponíamos y sabíamos: más de uno de los actores de la conquista de Canarias pasaron a Indias, y muchos de ellos prosiguieron en la costa africana sus actividades bélicas, que luego extendieron al horizonte indiano, como este Delgado.

Castellanos, en sus versos, saca a relucir en diversas ocasiones

¹¹⁶ Aguado, lib IV, cap XI.

¹¹⁷ Oviedo, lib. V, cap X, segunda parte

¹¹⁸ Lib. VI, cap. I, tomo, I, págs. 642-3

a isleños destacados por una u otra razón: Diego Rodríguez, Luis Perdomo, Cristóbal Fernández de Sanabria... El primero

... no menudo
ni grueso, pero joven, es ligero
mediante de cuerpo y espaldado,
el oficio del cual era platero
y en las presas de lucha nada rudo
en todas las posturas de maria varia
e hijo de las Islas de Canaria ¹¹⁹.

Luis Perdomo era, en cambio:

soldado diestro, suelto y animoso
hombre para la guerra de gran tomo,
y en lances semejantes venturoso,
natural de las Islas de Canarias
y de los antiquísimos de Paria

Y el último—Sanabria—fue “capitán en su tenencia” y “natural de la isla de Canaria” ¹²⁰.

Estos canarios o isleños, que en el XVIII afluirán más intensamente hacia Venezuela, llevaron a esta tierra el culto a la Virgen de La Candelaria, a la cual elevaron un templo en 1708 “ayudados del fervoroso celo y piadosa aplicación del licenciado Pedro de Vicuña, venerable sacerdote” ¹²¹.

¿Pudieron llevar estos “isleños” la diversión de la lucha canaria a Indias? Es posible. Nuestra sospecha se asienta en el Canto IV del Elogio a don Luis de Rojas, Gobernador de Santa Marta, debido a Juan de Castellanos. La historia es sencilla: el indio gaudul, Tiguer, con una carga de plátanos llega al mercado en unión de otros compañeros. Cuando le preguntan el valor de su mercancía contesta que no la vende, pero que la cede si alguien se la disputa en lucha. Ninguno de los cristianos aceptaba el reto, hasta que el capitán Antonio de Torquemada, viendo a toda su gente “cuasi

¹¹⁹ Castellanos Elogio de don Luis de Rojas.. Canto cuarto, tomo, II, páginas 612-613.

¹²⁰ Canto segundo. Elogio de don Lope de Orozco, tomo II, pág. 658.

¹²¹ Oviedo y Baños: Parte primera, lib. V, cap. V, pág. 426.

demudada y uno y otro hablar confusamente, con una cierta risa disfrazada”, se dirigió a Diego Rodríguez, el isleño cuyo oficio era platero. En la plaza, fresca la mañana, rodeados de indios y castellanos, ambos contendientes se enfrentan como si de Hércules y Anteo se tratara. Lo que sigue es una perfecta descripción de una *lucha canaria*:

Desnudos miembros del gandul robusto
y limpios del paléstrico ceroma,
aquella parte que le dio más gusto
del lugar que decimos, esa toma;
Diego Rodríguez, con vestido justo,
muslos y partes impudentes doma
ambos se van llegando con gran tiento
y en los rostros algún demudamiento

Firmes los pies, los brazos estendidos,
entrambos iban por la llana mesa,
los ojos vigilantes y advertidos,
arremetieron para hacer presa
Resuena con bufidos la dehesa,
bien tienen menester la plaza larga
según el uno sobre el otro carga.

Ambos reguardos dan a las gargantas
y a las partes que pueden dalles pena,
las prestezas de vueltas eran tantas
cuantas un remolino desordena;
la tierra se rompía con las plantas,
desgarros grandes hay por el arena,
del gran reholladero de la rueda
los cubría nublosa polvareda.

No reposan en unos mismos puestos
aquí y allí los lleva furia loca.
Los indios que los miran hacen gestos
queriendo ver su Tiguer hecho roca,
hasta los españoles más enhiestos
hacían mil visajes con la boca
y cada cual sin pelear pelea

Bien como cuando dos toros valientes
muestran sus furias en el campo verde,

y hacen con los golpes de las frentes
al ganado dormido que recuerde,
crecen impetuosos accidentes,
y el que tierra ganó luego la pierde
y el perdidoso vuelve más atroz
y superioridad no reconoce.

Destá manera cada cual se muestra
en su postura y en su movimiento,
sin que del gran rigor de la palestra
se pueda declarar el vencimiento.
está dudosa ya la gente nuestra
y no menos el bárbaro convento
viendo que el español en la congoja,
cuanto trabaja más, menos afloja.

Andando pues trabada la rencilla,
Diego Rodríguez, con honroso celo,
no sé cómo se puso la rodilla
a tiempo que le vino muy a pelo,
y de tal suerte fue la zancadilla
que dio con el gandulo en aquel suelo,
diciendo: "Perro, ¿tú no me conoces?"
Y dióle luego tres o cuatro coces"¹²².

Con esta lucha canaria terminamos nuestro estudio. Dejamos al lector saboree la prosa de Colón, o vea él mismo los párrafos de otros autores donde se nos habla del Infante don Henrique y Canarias, de piratas en las Islas, de Tratados sobre las Islas, sobre esclavos, comercio, etc., etc.¹²³.

¹²² Castellanos: Canto VI Elogios de don Luis de Rojas, Gobernador de Santa Marta. Tomo II, págs. 613-4.

¹²³ Sobre el éxito de Canarias como mercado para la venta de esclavos, véase las Casas, lib. I, cap. CXXXII, tomo I, pág. 466; el interés del Infante don Henrique por Canarias lo recoge el mismo las Casas ampliamente en el libro I, caps. XVIII y XIX, tomo I, págs. 94-104; en Herrera, Lope de Velasco y el mismo Pigafetta aparecen noticias sobre Canarias y los Tratados internacionales de Castilla; el papel de la Isla en el tráfico americano figura mencionado por Cobo (lib. XI, cap. XVI, tomo III, pág. 82), en Lope de Velasco (página 89) y en Acosta, lib. IV, cap. XVII, pág. 270 (harina), y lib. IV, capítulo XXXII, pág. 313 (vino). Canarias y la piratería figuran en Fernández de Oviedo, lib. XI, cap. XII, tomo II, pág. 208; en Castellanos Canto II. Discurso del Capitán Drake, tomo IV, pág. 40, en Memorial de Avilés, Ruidiaz, tomo II, págs. 320-1, etc.

CRONISTAS EXAMINADOS

1. ACOSTA, José de: *Historia Natural y Moral de las Indias*. Madrid, 1894 (2 tomos).
2. AGUADO, Fr. Pedro de: *Historia de Venezuela*. Madrid, 1950, 2 tomos.
3. AGUADO, Fr. Pedro de: *Primera parte de la Historia de la Provincia de Sancta Marta y Nuevo Reino de Granada*. Madrid, 1931. Editorial Espasa-Calpe, S. A. 3 tomos.
4. SANTA CRUZ, Alonso de: *Crónica de los Reyes Católicos*. Edición y estudio de Juan de Mata Carriazo. Sevilla, 1951, 2 tomos
5. ANGLERÍA, Pedro Mártir de: *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, 1944. Editorial Bajel.
6. BERNÁLDEZ, Andrés: *Historia de los Reyes Católicos, D. Fernando y D.ª Isabel*. 2 tomos Sevilla, 1870.
7. BERNÁLDEZ, Andrés: *Memorias del Reinado de los Reyes Católicos*. Edición y estudio por Manuel Gómez Moreno y Juan de Mata Carriazo. Madrid, 1962.
8. Conde de Canilleros: *Tres testigos de la Conquista del Perú* (Hernando Pizarro, Juan Ruiz de Arce y Diego de Trujillo). Madrid, 1953. Espasa-Calpe, S. A. Col. "Austral", núm. 1.168.
9. CÁRDENAS CANO, Gabriel de *Ensayo cronológico para la Historia General de la Florida*. Oficina Real. Madrid, 1723.
10. CASAS, Bartolomé de las: *Apologética Historia*. Apud. "Obras Escogidas". B. A. E., tomo 106. Madrid, 1958.
11. CASAS, Bartolomé de las: *Historia de las Indias*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1951. 2 tomos.
12. CASAS, Bartolomé de las: *Opúsculos, Cartas y Memoriales*. Apud. "Obras Escogidas". B. A. E., tomo 110 Madrid, 1958.
13. CASTELLANOS, Juan de: *Elegías de Varones Ilustres*. Bogotá, 1955. 4 tomos.
14. CAULÍN, Fr. Antonio: *Historia Coro-Graphica Natural y Evangélica de la Nueva Andalucía*. S. l., 1779.
15. COBO, Padre Bernabé: *Historia del Nuevo Mundo*. (4 tomos: 1890, 91, 92, 95.) Sevilla.
16. COBO, Padre Bernabé: *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid, 1943. Editorial Atlas.
17. COLÓN, Hernando: *Vida del Almirante don Cristóbal Colón*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1947.

18. *Crónicas del Reino de Chile*. Edición y estudio preliminar de F. Esteve Barba. B. A. E., tomo 131. "Cartas" de Pedro de Valdivia. "Crónica" de Góngora Marmolejo. "Crónica" de Alonso de Ovalle. Madrid, 1960.
19. FEDERMAN, Nicolás: *Historia Indiana*. Trad. de Juan Friede. Madrid, 1958.
20. FERNÁNDEZ DE ENCISO, Martín: *Suma de Geografía*. Madrid, 1948.
21. FERNÁNDEZ DE PIEDRAHITA, Lucas: *Historia General de las Conquistas del Nuevo Reyno de Granada*. Amberes, s. f.
22. FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo: *Historia General y Natural de las Indias*. Madrid, 1959. B. A. E. Editorial Atlas. 5 tomos.
23. FIDALGO DE ELVAS: *Expedición de Hernando de Soto a La Florida*. Col. "Austral". Madrid, Espasa-Calpe
24. GARCÉS, G. y JORGE, A.: *Descubrimiento del Río de Orellana*. Quito, Ecuador, junio 1953, vol. XXVIII.
25. GUMILLA, P. Joseph: *El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este río*. Bogotá, 1955.
26. HERRERA, Antonio de: *Historia General de las Indias Occidentales o de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Amberes, 1728, 2 tomos.
27. ISAGOGE: *Historia apologética de las Indias Occidentales y en especial de la provincia de S. Vicente de Chiapa y Guatemala*, de la Orden de Predicadores. Manuscrito encontrado en el Convento de Santo Domingo, de Guatemala, debido a la pluma de un religioso de dicha Orden cuyo nombre se ignora. Guatemala, 1935.
28. JIMÉNEZ DE QUESADA, Gonzalo: *El Antiojovio*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Bogotá, 1952.
29. LÓPEZ COGOLLUDO, Fr. Diego: *Historia de Yucatán*. Primera parte. México, D. F., 1957. Editorial y Academia Literaria.
30. LÓPEZ DE GÓMARA: *Historia General de las Indias*. Modernización del texto antiguo por Pilar Guivelalde, con unas notas prologales de Emiliano M. Aguilera. Barcelona, 1954. Edit. Iberia, S. A. (2 tomos).
31. LÓPEZ DE VELASCO, Juan: *Geografía de las Indias*. Publ. por el "Boletín de la Sociedad Geográfica". Madrid, 1894.
32. MENÉNDEZ DE AVILÉS, Pedro: *La Florida*. Madrid, 1893. 2 tomos.
33. NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar: *Naufragios y Comentarios*. 4ª edición. Col. "Austral", Espasa-Calpe, núm. 304. Madrid, 1957.
34. OBREGÓN, Baltasar de: *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, escrita por el conquistador —.

- Año de 1584. Descubierta por Mariano Cuevas y publicada por la Secretaría de Educación. Departamento editorial de la Secretaría de Educ. Pública. México, 1924
35. OVIEDO y BAÑOS, José de: *Historia de la Conquista y población de las provincias de Venezuela*. Reproducción facsimilar de la edición hecha en Caracas en 1824 por Domingo Navas Spínola. Nueva York, 1940.
 36. FIGAFETTA, A.: *Primer viaje en torno del globo*. Madrid, 1927.
 37. PIZARRO, Pedro: *Relación del descubrimiento y conquista de los Reinos del Perú*. Buenos Aires, 1944 Editorial Futuro.
 38. RODRÍGUEZ FRESLE, Juan. *El Carnero*. Bogotá, 1926.
 39. ROMÁN Y ZAMORA, J.: *Repúblicas de Indias*. Madrid, 1897. Vol. II Edit. Victoriano Suárez
 40. RUIDÍAZ Y CARAVIA, E.: *La Florida*. Madrid, 1893 2 tomos.
 41. SANTA CRUZ, Alonso de: *Islario General de todas las islas del Mundo*. Madrid, 1920.
 42. SAHAGÚN, Fr. Bernardino de: *Historia General de las Costas de Nueva España* México, D. F., 1938. Editorial Pedro R obrero. 5 tomos.
 43. SCHMIDL, Ulrico: *Derrotero y viaje a España y las Indias*. Madrid, Espasa-Calpe. Argentina, S. A. Buenos Aires-México, 1947.
 44. SIMÓN, Fr. Pedro: *Noticias Historiales*. Bogotá, 1953. Ministerio de Educación Nacional. Ediciones de la Revista Bolívar. Bogotá, 1953. 9 tomos.
 45. VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Washington, 1948. Published by the Smithsonian Institution.
 46. VEGA, Inca Garcilaso de la. *Historia de la Florida*. Apud. Obras Completas B. A. E., tomo 132. Madrid, 1960
 47. VEGA, Inca Garcilaso de la: *Comentarios Reales de los Incas*. Apud. Obras Completas del Inca Garcilaso de la Vega. 3 tomos. Tomos CXXXII, CXXXIII y CXXXIV de la B. A. E. Madrid, 1960.
 48. ZORITA, Alonso de: *Historia de la Nueva España*. Madrid, 1909. 2 tomos.